

EL HORNERO

REVISTA DE LA SOCIEDAD ORNITOLOGICA DEL PLATA

VOL. IX

BUENOS AIRES, ENERO DE 1950

N.º 2

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

NOTAS DE VIAJES

por ANDRES G. GIAI

Jefe de la Sección de Ornitología del Museo Argentino de Ciencias Naturales

Dibujos de S. Magno.

I

POR EL NORTE OCCIDENTAL DE SANTA FE

A fines de enero del año 1945, la Dirección del Museo Argentino de Ciencias Naturales dispuso que se efectuara un viaje de recolección de materiales para estudio, a través del departamento Nueve de Julio de la provincia de Santa Fe; a tal efecto fueron designados el señor Alberto Aiello y el autor.

Como esa región me es particularmente conocida desde muchos años atrás, a contar desde la infancia, me resulta simpático poder relatar y comentar cosas y casos de esa mi patria chica, que un tanto apagados en mi memoria, resurgieron *incontinenti* cuando aquellos aires olvidados se infiltraron en mis pulmones.

El departamento Nueve de Julio limita por el norte con la gobernación del Chaco, por el este con Santiago del Estero, al sud con el departamento San Cristóbal y por el Este con el de Jobson Vera. Su extensión es de 14.154 kilómetros cuadrados y su población oscila alrededor de las 9.000 almas. Tostado es la capital con más de 5.000 habitantes, a la que se llega por el ferrocarril del F.C.N.G.B.; está situado a 4 kilómetros al norte del río Salado, levantada sobre tierras malísimas y sin agua potable. La llegada desencanta;

desde el primer pueblo al sur, que se llama Esteban Rams y pasando por Portalís e Independencia hasta llegar a Tostado, todo es salitral y espartillos a ambos lados de la vía, con escasísimas poblaciones pobres, aguas aprovechables raras, pocos animales y muchos mosquitos de varias especies que en ciertas épocas enloquecen al viajero. Como muchos pueblos del norte, el origen de éste se debe a un fortín que se levantó allí en cadena con otros situados en el mismo departamento, en Santiago del Estero y el Chaco nacional; actuó el Regimiento 6 de caballería, destacado en esa región para combatir a los indios.

Muchas penurias pasarían los soldados que allí ejercitaban, por escasez de agua y alimentos y exagerados calores, para que los oficiales se decidieran a fraguar una causa que hiciera suprimir ese fortín; los partes o los superiores fueron acusando una alarmante y progresiva decadencia de la tropa en razón del mal clima y pésima calidad de las aguas hasta que las autoridades superiores acordaron que se efectuara una investigación. La comisión destacada comprobó que el asunto no revestía caracteres alarmantes, pero convino en que el lugar no era por cierto cómodo ni siquiera hospitalario y se resolvió levantar el fortín. Tan al pie de la letra tomaron los jefes locales la resolución, que a fuerza de piquetas hicieron derribar el edificio, en previsión, sin duda, de que quisieran volverlos al lugar. Así desapareció aquel fortín famoso; relatos de campañas increíbles y de hechos heroicos realizados por aquellos hombres que conquistaron el norte para la civilización, circulan todavía por el pago; reunidos, constituirían un tomo interesante y voluminoso.

Sin querer invadir la jurisdicción de los botánicos, me será obligatorio, a través de estas notas, presentar en términos corrientes los diversos aspectos, que desde el punto de vista floral, se le ofrecen al viajero que campea por aquellos rincones.

Por el sur, el río Salado ha originado, por la naturaleza de sus aguas, una zona especial, salitrosa, con plantas características de ese tipo de terrenos; se ven pocos arbolitos de cina-cina, algún espinillo y abundancia de cactáceas, con más frecuencia una *Opuntia* de espinas muy largas y abundantes, llamada quiscaloro por los santiagueños, porque indigestan a dichos animales; su fruto es más o menos agradable al paladar, resultando golosina para muchos naturales. Hay más cactáceas dentro de los *Equinocactus*, *Cereus* y *Equinocereus*, cuyos nombres indígenas, quétchua, son: "alao" o "alaba", de lo más decorativa, color verde esmeralda, con grandes frutos amarillentos muy dulces y sabrosos; "siski", *equinocactus* de hasta un metro de altura que semejan mojones; "ulúa", rastrera y trepadora, de tallo prismático pentagonal, con frutos poliédricos de color rojo y otra *Opuntia* abundante llamada "uturunquillo" (del quétchua "uturunku", tigre), rastrera, cuyas hojas de un palmo de longitud, atigradas, le merecieron tal designación. Se observan matorrales de un arbusto llamado palo azul, de propiedades diuréticas para la medicina lugareña, cada vez más abundante al sur de Tostado, por la vía, hasta desaparecer en los espartillares que ocupan una gran extensión meridional del departamento. Hay que mencionar al "jume", planta quenopodiácea, que crece en matas aisladas, con la cual los naturales preparan la lejía que utilizan para la fabricación casera de jabón; una planta semejante emplean los indios del Chaco para salar las comidas.



El coludito copetón, *Leptasthenura platensis*, es el dueño de los matorrales espinosos en campo abierto.

En la zona precitada, el ave más espectable es el chingolito o pajarito de las pajas (*Myospiza humeralis xanthornus*), simpático fringílido de vuelo bajo, que con su silbido triste e insistente, parece llamar a las sombras del crepúsculo para que llegue más pronto la hora del descanso. La calandria de cola blanca (*Mimus triurus*), amiga de los chañares, y que en estos últimos años parece haber desalojado algún tanto a su congénere, la calandria cantora de las ramas (*Mimus saturninus modulator*), se ha hecho habitual en los matorrales de la costa del Salado; canta suave, como para sí, melodías hermosas, que más parecen aprendidas de los murmullos del campo, que heredadas como natural cualidad de la especie. La rapaz más abundante el carancho (*Polyborus plancus plancus*); hay muchos y por todas partes; les agrada pasearse por donde la tierra es suelta, sin más pretensiones, al parecer, que lucir sus gallardas siluetas; por los caminos, sus rastros entremezclados con los de teros, también muy frecuentes, forman caprichosos arabescos que indican al observador lo que estuvieron haciendo: por aquí buscaron insectos coprófagos entre la bónica, más allá disputaron por algún pedazo de cuero o un zorrino muerto y por fin levantaron vuelo por el paso de algún vehículo.

Muy bien calculada la distancia entre matorral y matorral, tienen los "cuises" o "apereás" para poder efectuar los cruces sin riesgo de ser capturados por el halcón pollero (*Falco f.c. fusco-caerulescus*) que los vigila constantemente desde la altura. Se comprueba una abundancia extraordina-

ria de aquellos animalitos entre los espartillos, que parecen alimentarse con las raíces de esas plantas; las cuevas tienen su abertura al pie de las matas y se dirigen hacia el interior de la raíz; si existen tacurús abren galerías en ellos y las habitan. Donde hay "cuises" abundan los zorros, comadreas y gatos, que hacen de ellos su principal alimento, como asimismo diversas rapaces, particularmente el lechuzón de las pajas (*Asio flammeus suindus*) y numerosas víboras y culebras que los pillan dentro de sus mismas cuevas. Un tiempo se cotizaron los cueros de estos roedores a cinco centavos cada uno; entonces se cazaron muchos, porque a más de la piel, proporcionaron carne a la gente que vive en campos con espartillares, donde no hay recursos para una alimentación normal; dicen que es bocado delicado y aunque no los he comido, el aspecto de la carne invita a hacerlo.

A la siesta salen algunas lagartijas y rarísimas iguanas; antes abundaban, pero ahora puede decirse que han desaparecido por la innoble persecución de que han sido objeto en los últimos años, como resultado de la valorización de sus pieles. En cuatro meses solamente pude ver uno de esos saurios; cruzábamos a caballo por un campo con algarrobos, cuando desde un pajonal al frente nuestro, salió a todo correr con la cola levantada, para trepar ágilmente, con gran sorpresa para mí, por el tallo de uno de esos árboles y situarse en la rama más alta que le fué posible alcanzar. Manifesté a mi acompañante la extrañeza que me causaba ver realizar tales acrobacias a una iguana y que lo corriente era que buscara refugio en una cueva y se me informó que persiguiéndolas tanto con perros, ellas han podido advertir la poca seguridad subterránea, ya que el mejor amigo del hombre cava bien, pero no sabe trepar.

Sin alejarse demasiado de la costa del Salado se encuentran chilcas, plantas de campos bajos, inseparables en esa región de la gramilla rastrera y de los tacurús; ésta compuesta, en forma de arbustos o arbolillos, es leña de los pobres donde se ha agotado toda especie que pueda suministrarla de más fuerza; muchas familias solucionan el problema del combustible con las chilcas y recorriendo las vías del tren; allí encuentran regularmente algún trozo de quebracho arrojado por exceder la medida, otro caído de la leñera y más de uno arrojado deliberadamente por algún pasaleña que sabe de las necesidades de los pobres.

Las chilcas suelen cubrir grandes extensiones matizadas con la presencia de algarrobos, ñandubayes y chañares; llegan a vegetar en forma tan compacta, que resulta dificultoso internarse por entre ellas, si no es con ayuda de machetes. Tales lugares dan refugio ideal a muchas aves que tienen allí su habitat; casi siempre son las mismas y se repetirán en cada chilcal. Hay predominancia de furnáridos (*Furnarius*, *Anumbius*, *Coryphistera*, *Phacelodomus*, *Schoeniophylax*, *Asthenes*, *Leptasthemura*, *Phleocryptes*); si no hay árboles ni arbustos, desaparecen los furnáridos, con excepción de los *Phleocryptes*, ya que todos los demás necesitan, menos el hornero, materiales espinosos para la construcción de los nidos; el chañar es la planta que les brinda la mayor parte de los elementos para edificar la casa-cuna. Asociado a los furnáridos, habitualmente al chotoi (*Schoeniophylax phryganophila*), aparece el crespín (*Tapera naevia chochi*) que lo parasita; en 1937, al abrir un nido de aquéllos, encontré adentro un pichón de crespín bien crecido,



La Poospiza nigro-rufa nigro-rufa prefiere en Tostado los campos bajos con pajonales y tacurúes.

que ocupaba casi toda la cámara; la alarmada presencia de los dueños me confirmó que había sido criado por ellos y deduje que para colocar el huevo, el cucúlido debió practicar una abertura en el nido, que luego habrá sido restaurado por los propietarios; la misma operación a la inversa le impondrá su situación al joven crespín cuando desee abandonar su hogar adoptivo, pues la boca de entrada o tubo, resulta impracticable para su talla. Los cho-tos viven en parejas durante la nidificación y asociado con su prole el resto del año; muchos individuos ocupan todo el otoño sus nidos de la primavera anterior, donde duermen y pasan la mayor parte del día en agradable conversación; en días fríos se reúnen sobre alguna rama seca, en bandaditas de hasta doce, espulgándose al sol.

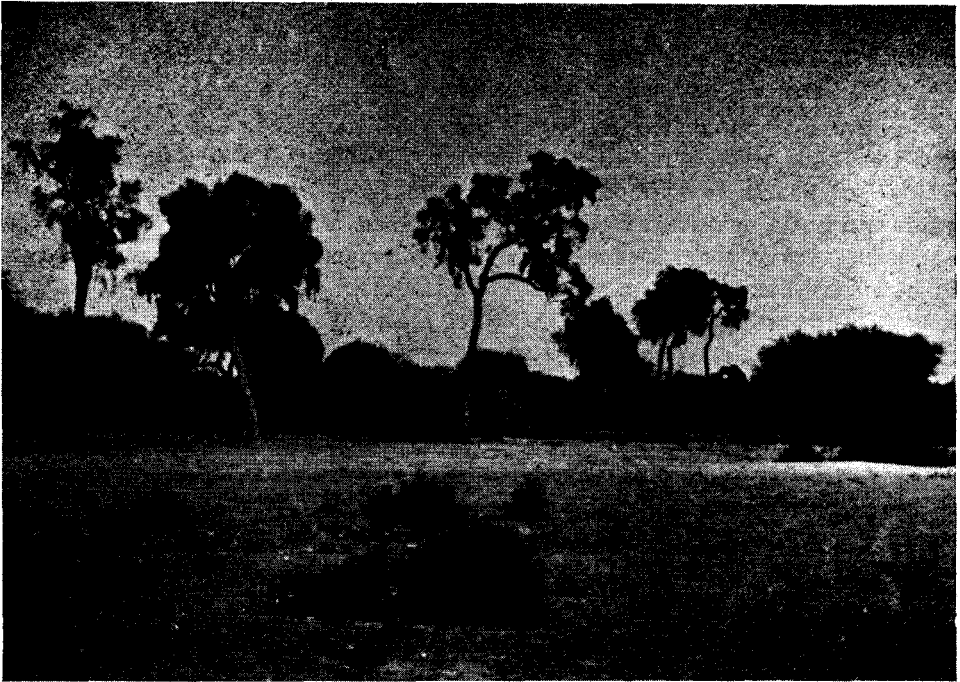
Redactaremos en tiempo presente por la mayor facilidad narrativa. Decidimos entrar a caballo por los chilcales, cuidando cara y manos de no ser chicoteadas por las ramas que aparta la montura y mientras se escurren por entre los matorrales los "abanicos" (*Phacellodomus striaticollis*) para espiarnos desde algún lugar seguro, se levantan en vuelo precipitado numerosos fringílidos (*Sporophila*, *Sicalis*, *Poospiza*, *Zonotrichia*) que en pequeños grupos se dedican a despojar las gramíneas de sus semillas. Los jilgueritos (*Sicalis flaveola pelzelni*) construyen su nido en el interior de los

abandonados por chichirríes (*Anumbius anumbi*) y chotois, mientras que los chijís (*Sicalis luteola luteiventris*) lo confeccionan en el centro de alguna mata de pasto. Más allá y habitualmente por parejas, salen de lo intrincado los "Juan-cola" (*Emberizoides herbicola*) para situarse sobre una rama seca dominante, atentos a los movimientos del intruso; esta especie la he advertido por primera vez en Tostado este año y ya abundante en el tipo de campos que tratamos, aunque es común entre los matorrales de bosques explotados del vecino departamento 28 de Marzo en Santiago del Estero. Llegamos hasta un molino que eleva agua para la hacienda y en el abrevadero distinguimos palomas torcazas (*Columba m. maculosa*) y medianas (*Zenaidura macroura virgata*) en tanta cantidad que apizarran el suelo, mientras que los árboles vecinos se oscurecen con las que llegan; sus buches rebosan de granos de girasol, que traen de los más apartados rincones para alimento de sus crías. Cuando en Malbrán (Santiago del Estero) maduran los primeros trigos, las palomas que se cazan en Tostado (25 leguas a vuelo de pájaro) tienen los buches llenos de grano nuevo de ese cereal, que aún no produce este último lugar.

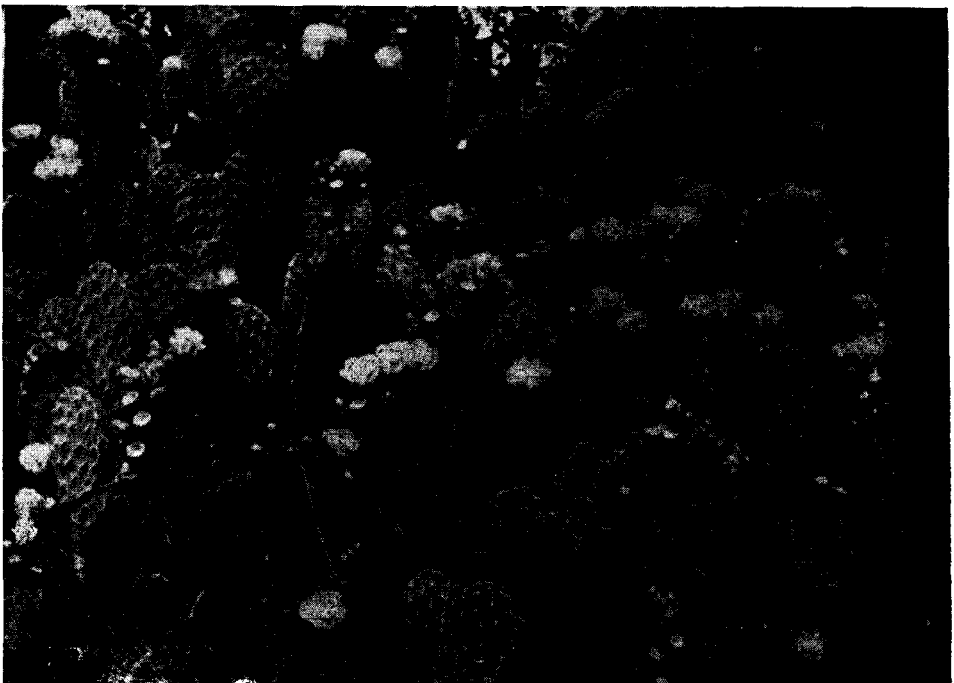
Una pareja de cardenales (*Paroaria coronata*) hace música sobre las ramas de un algarrobo y se me ocurre una quintilla descriptiva:

De alba pechera,
Capucha encarnada.
Pañuelo muy blanco;
Con humo del campo
Su blusa tiznada.

Pasa un caballo con un "domador" (*Machetornis r. rixosa*) sobre el lomo y mientras los vacunos sombrean rumiando apaciblemente, los chimangos tironean de las garrapatas que los maltratan. Unos cuantos caranchos pelean por los restos comibles de una osamenta y un águila de flecha (*Harpialiaetus coronatus*), ubicada sobre un poste, termina de deglutir un resto de piche (*Chaetophractus vellerosus*) que capturó momentos antes. Caminábamos ahora por alfombra de gramillas, sin chilcas, y de ahí se elevan graciosamente las cachirlas (*Anthus c. correndera*) y los picos de plata (*Hymenops p. perspicillata*) se apartan prudentemente hacia una próxima ramita, los párpados amarillos como recortes aplicados sobre los ojos. Pasa una manga de mariposas (*Pieridae*), millares de pétalos blancos y azafranados llevados por el viento y monjitas (*Xolmis i. irupero*), boyeros (*Xolmis cinerea*) y tijeretas (*Muscivora t. tyrannus*), las capturan al vuelo en singular acrobacia, oyéndose el sonar de los picos a cada tiro errado. El intenso calor anuncia tormenta; en los grandes hormigueros de hormigas cortadoras (*Atta*), sus moradores han construido una elevación con granos de tierra, alrededor de cada boca, para prevenirse contra la lluvia. Más tarde se nota una gran agitación entre esos insectos y comienzan a salir machos y reinas aladas, que ensayan a la salida y por unos minutos, sus alas nupciales, para luego elevarse con gran ruido, sin dirección fija. También aparecen coleópteros que viven con ellas en simbiosis y los que no se apuran en tomar vuelo, son detenidos y muertos por los



Peladar con quebrachos blancos.



Quiscaloros. Cactáceas muy abundantes en la región.

soldados de la colonia. Arriba esperan las lechuzas (*Speotyto c. cunicularia*) que aprovechan hormigas y coleópteros; los toman al vuelo con las patas, se retiran hasta un poste para devorarlos y luego regresan al lugar en busca de más alimento y así hasta la satisfacción.

Nos asomamos a un pozo y por entre los huecos que ofrecen los calces, entrevemos la cabeza interesante de una lechuza pampa (*Tyto alba tuidara*) que parece amodorrada, en tanto que flotando sobre el agua, con las patas estiradas, escuerzos, sapos y ranas, tendrán la esperanza de que algo o alguien los rescate de situación tan incómoda, que ellos mismos se crearon buscando la humedad que no quiso ofrecerles el tiempo: Helechos palmados y culantrillos brotan adheridos al calce y sobre una chilca arraigada en la mitad del pozo, un picaflor bronceado (*Hylocharis ch. chrysura*) encontró lugar fresco y seguro para construir su nido, ocupado ahora por dos pichones oscuros que a la distancia semejan arañas. El tanque de tierra apisonada rebosa agua, no obstante ésta no pasa al abrevadero para la hacienda; reviso el caño contra el flotante y extraigo un puñado de cucarachones (*Hidrofílicos* y *Girínidos*), insectos coleópteros, anfibios que arrastrados por la corriente, se acumularon, obstruyendo la salida; corre el agua y salen más de trescientos, muertos y vivos, y por último una gran "anguila", con la sorpresa consiguiente.

Dejamos la maraña cuando el sol ya se recuesta tras de los montes; desde un algarrobo, las arañas "ñandutí" (del guaraní, "ñandú", araña, "tí", en familia) extienden oblicuamente sus grandes telas, desde las ramas hasta los pastos, en una distancia de hasta diez metros; tienen gran resistencia y pueden apresar insectos mayores y hasta quitarle el sombrero al jinete desprevenido; algunas las extienden a lo largo de los alambrados aprovechando el sostén que les ofrecen los hilos. Sujetas de la tela principal, cada individuo construye otra circular que le pertenece y es vigilada por él durante toda la noche; con la aurora abandonan las trampas y se recogen todas juntas, en completa inactividad hasta el próximo atardecer. En los eucaliptus de las poblaciones hay gran alboroto de catitas (*Myopsitta monacha cotorra*) porque un halconcito (*Cerchneis sparverius cinnamominus*) se asentó próximo a sus nidos. Desde otra planta, una pareja de "araracucús" (*Otus choliba choliba*), que localizamos a pesar de su perfecto mimetismo, nos observa con gran curiosidad, el plumaje muy prieto, la actitud importante. Oscurece y mientras desde el monte nos llega el sordo ulular del "quitilipi" (*Bubo virginianus nacurutu*) nos entretenemos en contemplar a los dormilones grandes (*Podager n. nacunda*) que recorren en veloz vuelo el espacio, a veces a ras del suelo, otras hasta confundirse con el gris azulado del firmamento; recordamos una gran migración de estas aves en el año 1937, cuando reuniéndose en gran cantidad en un bajo, emprendieron viaje con dirección suroeste, luego de revolotear por espacio de media hora. Atreviéndose hasta por las galerías, cruzan fugazmente los dormiloneitos de monte (*Setopagis parvula parvula*) y desde el techo de los galpones se descuelgan los murciélagos, que, por delante de las luces, en constante vaivén, como sujetos por un largo piolín, nos libran de mosquitos y otros insectos.

En este departamento de Nueve de Julio, se aprecia una línea demarcatoria natural que señala la división entre los campos bajos con gramillas, chil-

cas y tacurús y la zona de bosques, antiguos quebrachales hoy ya explotados, con pampas de pastos fuertes; corre en dirección aproximada norte-sur, rematando hacia el norte en una extensión de campos áridos, cubiertos con espartillos y manchones de palmeras bajas; por el sur, como queda dicho al comienzo, también las tierras son áridas, pobladas con espartillos y escasas palmeras. La zona de campos bajos mencionada, se presta muy bien para criar ganado, especialmente vacuno, por la buena calidad de los pastos y mayor resistencia en las épocas de sequía. Hay grandes estancias con potreros perfectamente alambrados y campos abiertos, cuya mayor parte son arrendados por los que allí se llaman pobladores. Estas personas, el 95 % paisanos mestizos, pagan tanto por cabeza de ganado que poseen y se dedican exclusivamente a cuidar de sus haciendas. Eligen un lugar apropiado para edificar sus poblaciones, las que constan regularmente de casa de palo a pique o "chorizos", revocada con barro y techo de ramas, pastos y tierra o de tejas de tallos de palmeras cuando las hay en lugar; corrales alambrados o de tranqueros para vacunos y yeguarizos y cercos de ramas para las majadas de ovejas y cabras, animales auxiliares para la alimentación. Las aguadas se resuelven en "jagüeles", calzados casi siempre con vigas de madera para evitar desmoronamientos y bebederos de tierra apisonada con retenes de vigas; utilizan para extraer el agua de los pozos, baldes de los llamados volcadores, con capacidad para 65 y 85 litros, manejados a cincha de caballos por un sistema de poleas. En años de sequía los jagüeles están en constante actividad, pero en años normales, el agua de lluvia que se estaciona en los bajos, forma, merced a la poca permeabilidad de la tierra, charcos y lagunas que bastan para satisfacer las necesidades del ganado.

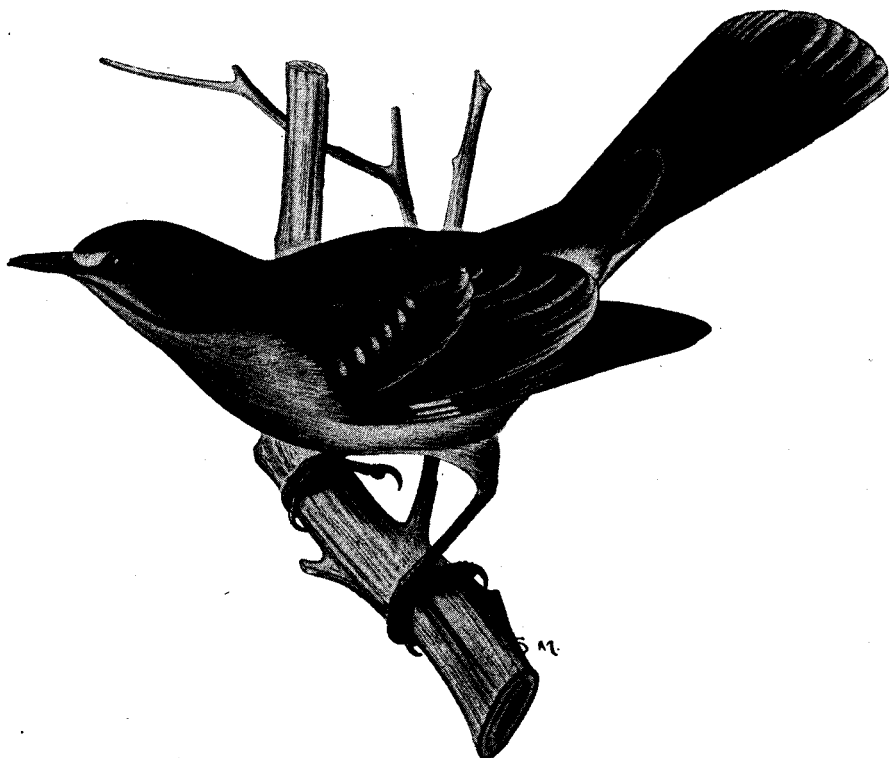
El poblador es un hombre feliz; toda su ocupación consiste en repuntar el ganado, que una vez "aquerenciado" da muy poco trabajo; en la estación de cría despliega más actividad porque los terneros se "abichan" en el ombligo y se le hace obligatorio vigilarlos diariamente para curarlos, ya sea utilizando acaroína rebajada con agua o "a palabra" si es hombre de esas artes. El resto del año descansa, tomando mate y recibiendo visitas; por la mañana y hasta el mediodía, coloca asientos al poniente del rancho para gozar de la sombra y cuando da vuelta el sol, los traslada al lado opuesto para continuar con el mate, la conversación o la guitarra, hasta la hora de dormir. Los domingos y los feriados concurre a las llamadas "reuniones", si las hay en los boliches vecinos, donde corren carreras cuadreras, bailan con música de acordeón y guitarra y beben lo que no bebieron en la semana; con frecuencia hay altercados por antiguos resquemores que la bebida despierta y se arma la de San Quintín, muchas veces con graves resultados.

Debemos reconocer que esos paisanos son los que conservan la tradición criolla; atentos y hospitalarios con el forastero que llega, no le pregunta quién es ni de donde viene y siempre dispone de un buen asado para obsequiarle. Conserva las antiguas costumbres de nuestros campos; el potro se doma a la criolla, la hacienda se trabaja a rodeo, sin bretes, y en las yerras los terneros se voltean "a la uña", esto es: un hombre lo abraza por el cuello, desde el costado izquierdo, mientras otro lo sujeta de la cola; luego lo obligan a brincar; el "cabecero" le hace perder el equilibrio trabándole las patas delanteras

y el "colero" lo levanta de atrás, para tumbarlo de costado; lo aprietan contra el suelo, inmovilizándolo y allí lo marcan, descornan y le hacen lo que tienen que hacerle. Cada año venden la producción de novillos y con el importe que representa atiende sus necesidades del año; los comerciantes les dan créditos amplios; para sus gastos menudos se valen de cerdas, cueros y pieles de animales silvestres.

Tomamos por el camino nacional que conduce al territorio del Chaco. Las cunetas guardan un poco de agua de las últimas lluvias y de rato en rato observamos alguna becasina (*Capella p. paraguayae*) que trata de ocultarse entre las hierbas; llámanlas "rayador" por el zumbido característico que produce en sus acrobacias aéreas. Algunos batitús (*Bartramia longicauda*) se retiran a prudente distancia; andan aislados y varios asentados sobre los postes del alambrado; capturamos dos, están tan gordos que destilan como un aceite a través de la piel del abdomen. Vemos más chorlitos en bandadas dentro de los géneros *Tringa*, *Totanus* y *Pisobia*. Llegamos a unos campos intermedios, a 35 kilómetros al norte de Tostado, que sin ser bajos, se inundan parcialmente en veranos de precipitaciones intensas. Se caracterizan por la presencia de pasto "aive" y gran cantidad de isletas de chañares. Estas grandes pampas se ven interrumpidas por manchas de bosques donde predominan los garabatos, quebrachos blancos y molles negros; estos últimos árboles dan frutas pequeñas de color oscuro, extremadamente dulces, que son engullidas con fruición por palomas, pepiteros (*Saltador*), virreinas y celestinos (*Thraupis*): en los huecos que ofrecen algunos árboles viejos, anidan los cuervos (*Coragyps atratus foetens*) y más de una vez, revisando esos huecos, nos sorprendió la huída precipitada de un gato montés (*Oncifelis geoffroyi*) que allí habitaba. Decidimos hacer una recorrida y nos internamos a pie por los pajonales. Levantamos a nuestro paso varios pechos colorados (*Leistes militaris superciliaris*), que se alejan volando a ras del suelo, sin dejar de mirar para atrás. Encontramos delicados niditos del cotíngido *Habrura pectoralis*, colocados sobre hierbas consistentes, a cincuenta centímetros de altura, y algunos machos de tijereta de las pajas (*Yetapa risora*), viéndolos a distancia, nos recuerdan las baquetas para limpiar revólveres, por la especial forma de sus colas. En los chañares se nota gran inquietud entre los pájaros; suiriris, calandritas (*Stigmatura*), piojitos (*Polioptila* y *Serpophaga*), fio-fíos (*Elaenia*), tacuaritas (*Troglodytes*) y chingolitos colorados (*Coryphospingus*), no están conformes con que un halconcito piojoso (*Spizapteryx circumcinctus*) se haya situado entre ellos, para chillarnos desde allí ásperamente.

Más adelante tropezamos con algo que nos hace detener bruscamente; se trata de dos boas lampalaguas, que toman sol, entrelazadas y formando un enorme montón, a la entrada de una cueva; las toco y no hacen más que sacar repetidamente la lengua sin demostrar mayor inquietud. Unos cuantos novillos curiosos se arriman hacia nosotros y de otro lado llega el puestero del potrero, para advertirnos que no cacemos "ñandúes" con armas de largo alcance porque peligra la hacienda; lo dejamos tranquilo a ese respecto y continuamos la caminata. De improviso se levanta a nuestros pies un macho de zoncito o tapita (*Eleothreptus anomalus*) el más pequeño de nuestros dormilones que vuela con rapidez como despuntando los pastos, efectuando



Al *Xolmis cinerea* le llaman boyero en el norte de Santa Fe, por el silbido triste que emite en las primeras horas de la madrugada.

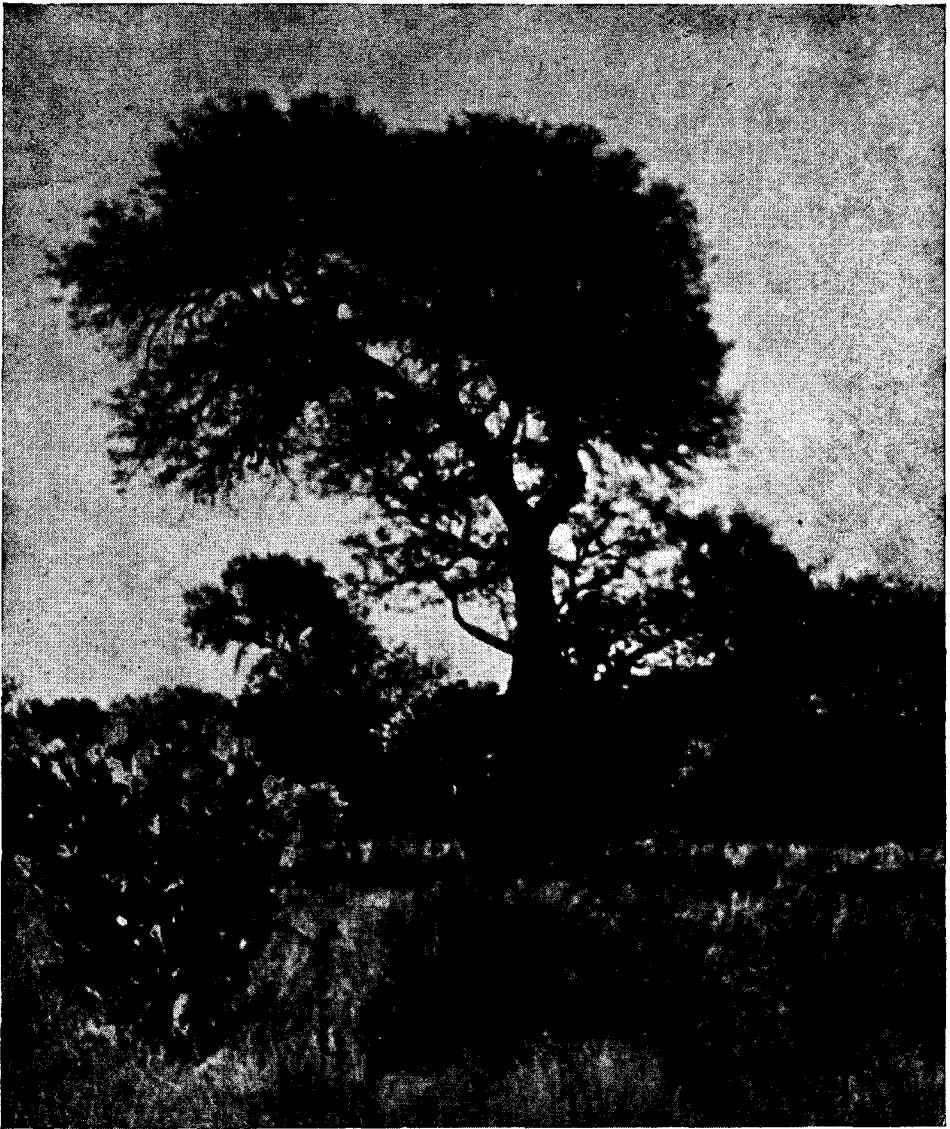
un pequeño planeo después de cada aletazo; al asentarse lo hace en forma brusca, describiendo una parábola; al volar se le distingue netamente el blanco de las remiges, mientras que el resto del cuerpo se confunde con el color del ambiente, en tal forma que parece un anteojito blanco que se desliza. Muy experimentado debe ser el ojo que lo descubra asentado en tierra; no hay mimetismo más perfecto ni inmovilidad más absoluta; cuando nidifican se tornan extremadamente mansos, que es posible capturarlos con la mano, pero llegado el otoño y próximos a emigrar, son tan ariscos como cualquier otro caprimúlgido.

Aprieta el calor; para refrescar un poco la boca, desprendo unos frutos de tasi, que son más o menos agradables cuando no están muy maduros. En las flores de esta planta liban néctar numerosas avispas, entre ellas bellos ejemplares de pompílidos llamados "San Jorge", de cuerpo azul brillante y alas rojas o anaranjadas. Sorprendo algunas abejas domésticas; más tarde encontraremos en el bosque numerosas colmenas situadas en agujeros de árboles, enjambres provenientes de los criaderos que poseen algunas estancias. Notamos muy pocos tucos o zumbadores (*Empidonomus a. aurantioatro-cristatus*), diucas y horneros, donde antes eran muy abundantes y por otra parte observamos la presencia de chopís (*Icterus cayenensis*) y hormigueros de collar (*Melanopareia marimiliini argentina*) que nunca llegaron hasta estos campos.

Los corenitas negras (*Xenopsaris a. albinucha*) brillan por su ausencia; siete años atrás las había en cantidad, como ave típica de los chañares. No nos es posible dar con ningún tatú mulita (*Dasypus novemcinctus*), que eran frecuentes; después oímos en una chacra comentar como una novedad la captura de uno de esos armadillos.

Nos ubicaremos a 75 kilómetros de Tostado y nos internaremos por el costado oeste del departamento, hacia el norte. Predomina el bosque, interrumpido cada tanto por abras, donde vegeta esencialmente el pasto dulce llamado cola de zorro. Aparecen los talas, quebrachos colorados en abundancia y desaparecen los molles para dar lugar a los mistoles, chañares y ñandubayes se ven muy pocos y la gramilla rastrera sólo vegeta alrededor de los charcos. Aunque con las mismas plantas del chaco santiagueño, varía en forma y distribución, recordando mucho el aspecto que se observa en los campos del chaco paraguayo. Como ave típica de esa zona, citaremos al calacate o loro de los palos (*Thectocercus a acuticaudatus*), que nidifica siempre en agujeros practicados en troncos de quebracho blanco verdes. No son dañinos; las bandadas que forman en otoño no pasan de treinta individuos y suelen aproximarse a las poblaciones para comer las pepitas de las semillas de paraísos. El loro hablador (*Amazona aestiva xanthopteryx*) integra las tres especies de psitácidos que habitan en la región; en verano se los ve por parejas, ya sea sobre mistoles y algarrobos, cuyos frutos constituyen su alimento y el de los pichones, o en viajes de alto vuelo, que realizan por la mañana y durante el crepúsculo. Nidifican sobre quebracho colorado y blanco; los paisanos dicen que los pichones sacados de estos últimos resultan más habladores y creen distinguirlos por presentar más amarillo en la cabeza. Es difícil encontrar el nido porque los dueños no se acercan mucho a él; la hora más propicia es la siesta; los loros están en el hueco con los pichones, a los que abandonan al menor ruido extraño. Se distinguen los nidos con huevos de los que ya tienen crías grandes, por unas pequeñas mosquitas que revolotean alrededor de estos últimos, atraídas sin duda por las deyecciones. En invierno se reúnen en bandadas de hasta más de 200 individuos, que recorren los bosques en procura de frutos de quebracho blanco, principal alimento invernal.

En esa zona no hay colonias agrícolas; la constituyen grandes extensiones pertenecientes a compañías fuertes, gracias a lo cual se han podido conservar interesantes representantes de nuestra fauna indígena. En estos últimos años, la explotación de los pocos bosques vírgenes que quedaban, fué causa del apocamiento de muchas especies. Donde entran los hacheros no queda animal apto para cocina y no porque les falte la manutención necesaria a ellos y familias; son gustadores de "bichos" por atavismo; prefieren un alón de ñandú al más sabroso costillar de ternera y no encuentran bocado que supere en calidad a un "quirquincho" asado en el rescoldo. Conozcamos el bosque viajando por las picadas en un carro mulero o santiagueño, como llaman a esa especie de carreta de dos ruedas muy altas y distanciadas más de lo normal, que utilizan en los obrajes para trasportar los productos desde el "canchón", lugar de concentración de la madera en el obraje, hasta las playas de descargue, donde se clasifica para remitirla a plaza por ferrocarril. Desde el lugar de elaboración hasta el "canchón", se llevan los productos en pequeños carros llamados "zorras", que poseen más movilidad para actuar en espacios reducidos.



Algarrobo blanco y quimilíes en un abra.

El sonar de las hachas sobre el tronco recio, invade el bosque y como alguien dijo, cada golpe llega al corazón. Con el quebracho se van tantas cosas que nos son queridas...; están tan adentro de nuestra alma que solamente nosotros las entendemos. Los carpinteros reales (*Phloeocastes leucopogon* y *Ph. melanobucus albirostris*) vuelan desorientados, de una planta a otra, buscando, quizá, quebrachos conocidos, de cuyos troncos extraían larvas e insectos que los atacaban. A cada árbol que cae silencia el bosque por un instante, como si le tributara el homenaje postrimero. Hasta las parleras charatas (*Ortalis c. canicollis*) suspenden sus estridentes cantos que se convierten en murmullos de inquietud y al grito del hachero, que advierte la caída del coloso, se unen

los lamentos de pitiayumis (*Compsothlypis p. pitiayumii*), chiviros verdes (*Cyclarhis gujanensis viridis*) y monteritos (*Cranioleuca p. pyrrhophia*) que seguros en la grandeza y majestad del árbol amigo, le confiaron sus hogares y sus esperanzas.

Todos los animales grandes se han retirado ante la invasión incomprensible de sus dominios. Un guasuncho asustado aparece de improviso en la picada; mira hacia todos los lados sin saber por dónde huir, hasta que nuestra proximidad lo decide; de un salto se interna en la espesura y no se oye nada más, tan silenciosamente se desliza. Me dice el carrero que los pecaríes y osos hormigueros cruzan para Santiago. Me relata que una osa con cría vendió cara su vida en pelea con cuatro perros; mató tres de ellos y al cuarto sujetó en potente abrazo contra su cuerpo, largándolo mal herido cuando el hombre la ultimó con su cuchillo.

Pasamos por un campamento (cuatro palos y unas ramas) donde una mujer santiagueña nos invita a comer torta asada en el rescoldo. Por el suelo, unos pequeños, desnudos, juegan con una tortuga (*Testudo argentina*) que el padre les trajo del monte. Pendientes de unas ramas, se están secando unos cueros de gato onza y abajo, dos trampas zorreras nos cuentan lo sucedido. Poco después llega el marido, con el hacha al hombro y un tarrito en la mano, rebosante de agri dulce miel de mestizos y moritos, pequeñas abejas del género *Melipona*, cuyas colmenas, en el interior de troncos, la ofrecen en bolsitas de cera del tamaño de una mandarina; construyen panales únicamente para criar las larvas. En una bolsita al pie del nido, guardan el polen, que los paisanos llaman el agrio, con que alimentan la cría. Es frecuente encontrar larvas y hasta adultos de *dinástidos*, grandes insectos coleópteros, que junto con una especie de rutélido, parecen alimentarse de lo acumulado por esas abejas.

Oímos un toque de diana original y desusado; nos enteramos que se trata de una tropa de carros manejada desde retaguardia, por un solo conductor. Las mulas obedecen las órdenes transmitidas por el clarín; se detienen cuando el toque se lo indica y continúan al sonido para ello convenido. Al simpático silbar de la perdiz de monte ("Yuto", de los santiagueños), (*Nothoprocta cinerascens*), contesta el estridente castañeteo de la perdicita paloma (*Crypturellus tatampa*) desde la más enmarañada maleza. Castaños trepadores (*Lepidocolaptes* y *Drymornis*), de largo pico, ejecutan espiraladas ascenciones por los troncos de árboles, sacando cuanto insecto encuentran en los intercisos de la corteza. Chuñas de patas negras (*Chunga burmeisteri*) trotan por la picada, sin dejar de mirar hacia nosotros y cada tanto un halcón de monte (*Rupornis magnirostris supercilialis*), emite desde su observatorio entre ramas intermedias, gritos de advertencia semejantes a los del chimango.

Nos detenemos para cargar durmientes. Al levantarlos, aparecen algunas escolopendras enormes y robustos alacranes bayos que muestran preferencia por vivir debajo de madera de quebracho colorado. Distingo una mancha gris sobre un mistol, que al acercarme se convierte en una pareja de "col-col" (*Strix rufipes chacoensis*) que dormita apaciblemente, uno muy junto al otro. Mientras busco "cortapalos" (*cerambícidos*) sobre los árboles, piso sin sin darme cuenta un pequeño y delicado cactus, pero tan bravo que sus espinas se hunden en mi carne; al retirar el pie queda adherido un trozo;

trato de quitarlo y se prende en mis dedos y por último lo aparto con un palito. En quetchúa lo denominan “uturunku huacache”, esto es, que hace llorar al tigre; dicen que al prendérsele a este animal en las patas, quiere quitarlo con la boca y se le adhiere a los labios y viceversa, provocándole tanta rabia y desesperación, que lo hace llorar. Es frecuente otro cactus pequeño llamado “michuga”, cuya pulpa comen los hombres del monte cuando no hay agua para aplacar la sed. El “quimilí” o “quemil, la *Opuntia* más grande, que por su abundancia dió nombre a un pueblo de Santiago, aparece aisladamente; sus frutos son tan malos, que ni el hombre ni ningún animal los prueban.

Hacemos noche en un canchón, donde nos ofrecen “pichiciego” asado; es riquísimo, más suave y más sabroso que lechón. Llaman así a un “rabo-molle” (*Cabassus loricatus*) que vive única y exclusivamente en los hormigueros de hormiga colorada; se introduce en un hormiguero y de allí no sale hasta que no terminó con sus habitantes. Cambia de lugar durante las horas de más calor, pues es muy sensible al frío. Se conoce si el pichi está adentro, porque queda la cueva de entrada, semiobturada con tierra suelta; si ha salido se observará otra abertura, generalmente próxima a la anterior, como producida por una erosión, ya que el animal al llegar a la superficie, rompe la tierra hacia arriba, haciendo fuerza con el cuerpo. Fueron muy comunes, pero hoy constituyen una rareza; es manjar delicado y ello los condena. La destrucción de hormigas con sulfuro de carbono, incluye la destrucción de los pichiciegos que se encuentran en los hormigueros. Será muy necesario difundir datos biológicos de esta especie rara y notablemente útil, para evitar su muy próxima extinción.

Vayamos ahora al extremo noreste del departamento, pasando por un lugar denominado “El saladillo”, donde crecen las ya mencionadas palmeras que desaparecen a poco andar, para dejarnos en un desierto salitroso, con vegetación de espartillos. Se observan rapaces aislados, muchos chingolitos de las pajas y numerosos verdones (*Embernagra p. platensis*) que nidifican allí. Se atraviesa una cañada, llamada de “Las víboras”, ahora seca, pero que en años de lluvias intensas es lugar de reunión de millares de aves acuáticas. En otra oportunidad trataremos sobre el clima de la región que nos ocupa y sus múltiples e inusitadas variaciones y ello nos permitirá extendernos en interesantes consideraciones sobre aves acuáticas que de expreso no se mencionan ahora. Dejamos atrás “El saladillo” y paulatinamente la vegetación arbórea va formando el bosque; la proximidad del Chaco queda señalada por la presencia del guayacán y del guayaibí. Sentamos nuestros reales en un paraje conocido por “El gato colorado”, llamado así, no con relación a un felino, sino por un pulpero o bolichero que allí habitaba y cuya rubicundez dió a los paisanos razón para motejarlo.

Algunas pampas se han quemado y la amplia visión que ofrece el suelo raso, atrajo a una gran bandada de las llamadas águilas langosteras (*Buteo swainsoni*) que allí pueden pillar con más facilidad, perdices, apereás, lagartijas o culebras. Están diseminadas por el suelo, entre árboles y postes de alambrados y algunas planean escrutando el campo. En la noche llueven algunos

milímetros y los bajos adormecidos despiertan en bulliciosas canciones de batracios. El concierto acuático me sugiere unas cuartetos:

Las ranas croan	Tienen las ranas
Están de boda.	La voz mojada,
Los sapos	Los dedos
Las acompañan.	Apincelados.
Las ranas tocan	Tienen los sapos
Violín de boca	Piel como trapo,
Y algunas,	Los ojos
Flautas de caña.	De enamorados.

En esta zona el bosque se halla interrumpido por grandes abras unas veces con pasto dulce, cola de zorro, otras con grandes chilcales, tacurúes y gramilla. En lugar del "chaguar" de la parte occidental, en el monte abunda el "caraguatá", planta bromeliácea cuyas hojas provistas de agudos espolones, hacen imposible el tránsito sin calzado adecuado, a quienes no están habituados. La fauna es variada y del tipo chaqueño. A poco andar encontramos colgantes medias negras donde crían los boyeros alas amarillas o "mundo alegre" como lo designan en el lugar (*Archiplanus albirostris*). Sonoros chirridos y pipíos nos acusan la presencia del boyero pico blanco (*Archiplanus solitarius*) les contestamos y no tardan en presentarse cuatro o cinco, que se acercan a escasa distancia de nosotros; una vez satisfecha su curiosidad, se alejan por las ramas, a los saltos, como maneados, pues no caminan jamás, atisbando de paso en cada huequito que encuentran; varios nidos de esta especie pendel del extremo de ramas altas. Las urracas azules hacen alardes bucales: crascitan, chirrían, reclaman y voznean según se les ocurre; tanta variedad de cantos ejercitan, que muchas veces resulta difícil reconocerlas por ellos. Las palomas se dejan ver y en abundancia; despojan a los talas de pequeños frutos anaranjados; los mismos con que viejas paisanas elaboran riquísimo arrope para comer con quesillo. La paloma "yerutí" o bum-buna (*Leptotila*), solitaria caminadora de los senderos, avanza a paso rápido, pero sin inquietarse mucho, hasta que vemos confundir su coloración con la de los palos secos y hojarasca; al atardecer emite sus arrullos, que me parecen muy en consonancia con sus costumbres y su color.

Un peón nos llega con la noticia de haber encontrado una carneada de pumas y nos invita a ir con él para envenenarla. Está a orillas de una isleta; el puma mató un potrillo de un año en una pequeña pampa y lo llevó en la boca, según se desprende de los rastros, pues no hay más señales que las pisadas del felino y las cortantes que dejaron los vasos del potrillo al rozar el suelo. Le había comido el pescuezo a lo largo de la crinera y luego lo tapó cuidadosamente con tierra y hojarasca, para evitar que cuervos y caranchos se aprovecharan de su presa. Cuando el león tapa, es porque volverá a comer. Los recorredores que encuentran una carneada, le colocan estricnina y es casi infalible que el "bicho" se encontrará muerto por allí cerca. Tal hicimos nosotros y a la madrugada siguiente fuimos a comprobar el resultado. Había comido; con la desesperación de la agonía, infirió en los troncos vecinos profundas heridas con sus potentes garras y prácticamente deshizo el malezal circundante; siguiendo la "trillada", lo encontramos moribundo a unos ochenta metros hacia el interior del monte.

Mil mariposas pintan de blanco los barro grises que pronto fragua el sol de febrero en las huellas hondas; en contrapunto, centenares de chicharras frontan sus cuerdas; música loca que invade el bosque y tiembla en las ramas. Cuando comienzan a cantar las chicharras maduran las algarrobas, dicen los paisanos. Y allá van, hombres y mujeres a recolectar doradas vainas, que convertirán, pbr mortero y fuego, en dulce arrope y empalagoso patay. Muchas familias construyen pequeños trojes donde ensilan algarrobas para dar a los caballos de faena en raciones de invierno.

Si nos detuviéramos para hablar sobre "El gato colorado", para mencionar las especies animales que pueblan aquellos lugares y comentar todo lo que de interesante se puede decir de ellas, ningún tiempo nos bastaría. La mayor parte de la fauna chaqueña tiene allí sus representantes; quizás es la única región de la provincia donde aún puedan encontrarse "aguará-guazú", "aguará-popé" y gatos onza con frecuencia y aves tan escasas como el cacuí, el dormilón *Nyctiphrynus*, el cuervo real, la tijereta de las pajas y otras que dejaremos para comentar en otras oportunidades.

Vayamos hacia el fin del viaje. En una volanta con tres caballos, nos retiramos siete leguas al Este y encontramos una extensa región de color gris uniforme hasta lo que da la vista. Son inmensos espartillares, entre los cuales crecen enredaderas llamadas arvejillas, sustento inmejorable para el ganado. Pero, inmenso desencanto, no hay agua potable; la única que se aprovecha es la que las lluvias depositan en las represas y lagunas. Los pozos la dan salobre; los animales la toman, pero obligados por la sed, y los pobladores también se han habituado a ella, aunque a mí me resulta espantosa. He visto que algunas personas de esos parajes, para tomar mate donde el agua es dulce, le agregan un poco de sal, tan acostumbrados están a la de su pago. Como inmensos quitasoles raídos, se destacan altas palmeras que crecen en profusión por doquier. No existe otra vegetación arbórea, de manera que los troncos de esas plantas constituyen el único recurso de que dispone la gente; dan madera para casas y corrales, y es leña absoduta. Comen los "cogollos", brote central, y con las hojas tiernas tejen asientos para sillas, muy bonitos y de mucha consistencia. Esos campos se denominan "El palmar"; cuál será su calidad que acaban de venderse a \$ 1.55 la hectárea.

Por los troncos de las palmas, los carpinteros de campo (*Colaptes campestróides*) buscan su alimento y ayudan a los tordos charrúas (*Gnorimopsar chopi chopi*) en la nidificación; éstos aprovechan los agujeros dejados por los carpinteros para colocar en ellos las camas donde depositarán de dos a cinco huevos celestes con pintitas. Es extraordinaria la abundancia de tordos por todo el palmar; aunque la prudencia les ha aconsejado retirarse de los caminos, pues tanto les saquean sus nidos, a cada instante se ven pasar bandadas de cincuenta o más individuos, en graciosos planeos y bulliciosas jugarettas. Tienen fama estos tordos de ser los más dóciles y los que mejor cantan de todo el norte. Los indios bajan desde el Chaco todos los años, en las dos épocas de postura, para llevar pichones que ellos crían y venden luego a vil precio.

Me produce inmensa alegría poder contemplar una manada de unas sesenta gamas que disparan a los saltos, como zambulléndose entre los espar-

tillos; de atrás se destacan las colitas blancas como luces que se alejan despuntando los pastos. Todos me informan que estos cérvidos abundan hasta dar con el departamento de Vera. A orillas de un "jagüel" encontramos dos cornamentas de venado, que fueron a perecer allí, enloquecidos por la sed, a raíz de la sequía que soportó la región el invierno anterior.

Las nubes de mosquitos que ni nos permiten hablar y los polvorines, miniaturas de mosquitos, casi invisibles, que mortifican atrozmente nuestra piel, no nos hacen arrepentir del viaje. Bien lo vale el espectáculo de las elegantes palmeras, la música inimitable de los charrúas y la disparada de las gamas.

Con los caballos cansados, después de recorrer 27 leguas en días de elevada temperatura, llegamos a desatar, en la orilla del palmar, en un negocio de ramos generales, donde una extranjera muy obsequiosa nos adelanta que hay cerveza muy fresca en la heladera a kerosene, inapreciable mueble que adquirió para satisfacción de sus clientes. Nos creemos merecedores de un descanso, así que nos acercamos al artefacto y cerramos nuestro libro de notas.

II

POR EL NORTE DE MISIONES

Después de quince años hemos vuelto al norte de Misiones. Esta vez en comisión por el Museo Argentino de Ciencias Naturales y con un fin determinado; realizar observaciones y conseguir ejemplares de animales raros que no figuraban en las colecciones de la institución. El 26 de abril del año 1948 llegamos a Posadas después de un viaje agradable por ferrocarril. La amable conversación con los compañeros de camarote redujo nuestras habituales observaciones de ventanilla. Solamente recordamos que al pasar por Concordia abundaban las vizcacheras a lo largo de la vía, con la infaltable presencia de las lechucitas asociadas a ellas. En el norte de Entre Ríos y en Corrientes estaban en plena cosecha de arroz; trillaban con cosechadoras mecánicas. Las palomas medianas (*Zenaida*) también cosechaban el grano a su manera.

Ibamos dirigidos al Distrito de la Dirección General de Vialidad, organismo que se caracteriza por el gran espíritu de colaboración que anima a sus autoridades. Se nos atendió allí con simpática cordialidad. El Jefe del mencionado Distrito, ingeniero don Leonardo S. Calderale, al tomar nota de nuestro programa de trabajo, pudo coordinar el transporte de nuestra persona y de los bártulos para el día siguiente, no obstante los inconvenientes que surgieron por la escasez de vehículos, todos afectados al servicio de la gigantesca obra que realiza en el territorio la mencionada repartición. El ingeniero Calderale nos aconsejó una estadía sobre las márgenes del río Aguaraí-guazú, aprovechando las instalaciones de un campamento que atendía los trabajos sobre la ruta nacional 12 en un tramo frente a Puerto Delicia.

Nuestro equipaje y la provisión de comestibles que hicimos en Posadas se adelantaron en camión, mientras que el autor, por gentileza del jefe, pudo viajar cómodamente en automóvil, con la grata compañía de las autoridades



El «loro güigüi» (*Baryphthengus*) hace su nido en cuevas practicadas en las barrancas.

de Vialidad. La primera parte del viaje finalizó en Eldorado donde pernoctamos. En la hostería éramos nosotros los únicos que hablábamos español. Es grande el número de los extranjeros que han arraigado en aquella hermosa tierra. Alemanes, suizos, polacos, se ven por doquier y no hay más que observar las construcciones para darse cuenta de la población europea que las habita, cada una con el sello característico del país de origen de su propietario. Resulta gracioso oír a los paisanos cuando interrumpiendo su conversación en guaraní o portugués, se dirigen a un tercero en polaco o alemán, idiomas que aprenden mientras trabajan en las colonias.

Nos asombró el progreso de la región a través de la ruta. Por todas partes se ven plantaciones de tung-oil, yerba mate, naranjos y pomelos. El bosque ha sido "rozado" y centenares de hectáreas desmontadas aparecen dispuestas para nuevas plantaciones. Allá se talan los bosques a mata rasa, sin destrancar. Miles y miles de toneladas de madera se pudren en el terreno desaprovechadas. Solamente se preparan trozos para los aserraderos, de las maderas buenas llamadas "de ley", entre ellas lapacho, pterebí, incienso y cedro. Es de hacer notar que en Misiones casi todos los árboles poseen dos nombres distintos, según la designación guaraní y la brasileña; así por ejemplo el pterebí es el loro, el ibirá-pepé la grapia, ihgaríh el cedro, etc. La explotación se ha intensificado en los últimos años y ha invadido esta industria hacia el centro del territorio a medida que la apertura de picadas y las obras viales han permitido el transporte de los productos. A lo largo de los ríos caudalosos los obrajes han prosperado hace muchos años; en aquellos tiempos se trabajaba casi únicamente el lapacho y el cedro. Se aprovechaban las

crecientes para transportar la madera; se echaban los trozos al río y la corriente se encargaba de hacerlos llegar al Paraná donde se armaban las jangadas con destino al sur. Tanto se ensañaron los comerciantes con el lapacho, que hay que andar mucho para poder disfrutar del espectáculo que ofrecen los lapachos florecidos coronando los bosques de inmensos ramos lilas rosados. En todo el recorrido de este nuestro viaje por Misiones, solamente hemos visto un solo lapacho negro florecido, especie que ha sufrido más aún por la excelente calidad de su madera. Apuntamos al margen que en todos los aserraderos existe gran cantidad de madera aserrada que se vende a bajo precio y no tiene salida por la escasez de vagones y bodegas.

En el territorio hay numerosísimas "capueras". Se llaman así los lugares "rozados" y cultivados durante algún tiempo y que después de abandonados son invadidos por vegetación arbustiva. Y a propósito de rozar, no hemos presenciado en este viaje ningún "putcherón", fiesta que se realizaba antaño con motivo del rozado de los bosques y que fuera descripta por Ambrosetti ya en el siglo pasado. Consistía en invitar a los vecinos a participar en el trabajo, como se acostumbraba en nuestras yerras de antes; una vez finalizado, todos daban cuenta de una suculenta comida rociada abundantemente con bebidas, especialmente caña. Luego se cantaba y se bailaba hasta el amanecer. El bosque quedaba tendido por el suelo, y al cabo de dos o tres meses, cuando se escaban hojas y ramas, se le prendía fuego. Ya limpio cultivaban maíz y al año siguiente porotos y tabaco; después se abandonaba y se practicaba un nuevo "rozado". Es sabido que las tierras de Misiones, las coloradas, no resisten mucho cultivo sin abonarlas. Tal es el origen de las innumerables "capueras" que se hallan en los bosques misioneros.

Continuando con nuestro viaje, llegamos a distintos campamentos de Vialidad donde el jefe demoraba el tiempo necesario para ordenar algunos trabajos. Al oscurecer pasamos el río Paraná en balsa, servicio habilitado de sol a sol por Vialidad, hasta tanto se terminara la construcción de una pasarela, a la que en aquella fecha ya le estaban dando los últimos toques. Tiempo después, en agosto, una gran creciente se llevó varios tramos de esta pasarela e íntegramente otra tendida sobre el río Pirai-guazú. No es en realidad la fuerza del agua en sí que arrasa con los puentes, sino la enorme "palizada" que el río acarrea desde lejos, especialmente desde los lugares donde se trabaja el monte.

En las plantaciones y lugares despejados, las lechucitas de las vizcacheras han sentado sus reales; se las ve con frecuencia y parecen muy distintas de las nuestras, porque de tanto entrar y salir de sus cuevas cavadas en la tierra colorada, su plumaje se ha teñido de bermejo. Los dormilones también son abundantes sobre los caminos después del crepúsculo, los ojos como brasas al reflejar la luz del automóvil.

Llegamos por fin al campamento del río Aguaraí-guazú, consistente en una casilla razonablemente confortable, que el ingenio del encargado, un joven agrimensor italiano de apellido Del Bianco, había dotado de una cocina económica hecha con barro y de un tambor con una flor, aparato que ofrecía una buena ducha con sólo tirar de una piolita. Las presentaciones del caso me permitieron conocer además al sobrestante, un joven hijo de japonés y al capaz general don Enrique, canadiense hijo de alemanes, toda gente buena y servicial de quien he quedado vivamente agradecido por sus múltiples aten-

ciones. El ingeniero Calderale se dispuso de inmediato a preparar comida para todos, lo que hizo con mano maestra. A la sobremesa se generalizó una conversación sobre la fauna del lugar, de la que pude extraer algunos datos que me decidieron a permanecer algún tiempo en el paraje. Se me preguntó sobre la vida de la "ura", la famosa mosca cuya larva se desarrolla debajo de la piel de los animales y accidentalmente del hombre. Dije lo que sabía y averigüé que en esos lugares era bastante abundante. Muchos chicos llegaban para que se las extrajeran; casi todos las tenían debajo del cuero cabelludo. El procedimiento del lugar es tapar la abertura con tela adhesiva o bien con un trocito de tocino; las larvas salen por entre la piel y la tela para respirar o bien atraviesan el tocino con el mismo fin, de manera que retirando la tela o la grasa se las quita con ellas. Todo el mundo tiene allá buen cuidado de planchar muy bien la ropa, pues dicen que siempre hay larvitas colocadas por las moscas o sus intermediarios cuando está tendida. Hemos encontrado "uras" en pumas y gatos de monte; resulta curioso que en las pieles de esos animales que mantuvimos más de tres meses cubiertas con sal, aparecieron varias larvas de "ura" vivas cuando las descubrimos en el museo. Los animales domésticos son los más atacados por el parásito, señaladamente el ganado vacuno y los perros. Según nuestras observaciones, la "ura", así como otras plagas características de la región, jejenes, garrapatas, van reduciéndose en relación directa con la explotación de los bosques y el florecimiento de las colonias. Hemos podido apreciar durante los cuatro meses y medio que pasamos en la zona norte de Misiones, la exigua cantidad de mosquitos, tanto, que nunca tuvimos necesidad de usar mosquiteros ni repelentes durante la noche. Sin embargo el número de palúdicos es grande. En los campamentos de Vialidad se obligaba a empleados y peones a tomar una dosis de preventivos.

A la mañana siguiente, con peones facilitados por el campamento, nos dedicamos a montar en un cobertizo abandonado, lo que diéramos en llamar pomposamente nuestro campamento central. Usamos para techo una de nuestras lonas; tiempo después lo techamos con una gramínea, al parecer del género *Andropogon*, que con el nombre de cedrón, se cultiva en distintos parajes de Misiones para extraer de sus rizomas una esencia que se utiliza en perfumería. Los techos contruídos con esta paja tienen duración precaria; se pudren antes de los dos años.

Mientras acomodábamos las cosas, una bandada de "yacú-caraguatá", nombre regional del boyero de rabadilla colorada (*Cacicus haemorrhous affinis*), hacía piruetas sobre las copas de los árboles más altos, cantando y gritando de diversa manera; también imitaban gritos de otras aves. Allí se entretuvieron un largo rato, recogiendo pequeños frutos e insectos, hasta que llegaron unos tucanos medianos (*Ramphastos discolorus*) y se alejaron armando un griterío infernal. A orillas de los ríos y pendientes de las hojas de la palmera pindó, hemos encontrado varias colonias de nidificación de estos icteridos. Contamos más de cincuenta nidos en algunas palmeras y hasta cuatro pendientes de una sola hoja. Cada nido consiste en una bolsa de más de medio metro de longitud, contruída de menor a mayor con barba de palo y algunas hojas de gramíneas, que estos tejedores van armando desde el interior, en posición invertida, utilizando su pico a manera de lanzadera. Los "yacú-

caraguatá" hacen dos posturas por año y sus pichones son muy buscados para criarlos en cautividad por su rara habilidad de imitar voces y ruidos.

A mediodía llegó un peón con varios dorados y salmones (*pirá-puihtá*) algunos de gran tamaño. Nos interesamos en seguida por saber dónde y cómo los habían pescado; se nos informó que se habían trampeado en un "parís" armado sobre una curva del río, cerca del campamento. Fuimos a ver el dispositivo con nombre tan original; consistía en una especie de corral alargado, construido con cañas rajadas a lo largo y aseguradas a un almacén con "ihsipós" (lianas). Ocupaba una garganta a la salida de una corredera por donde pasaba el mayor torrente de agua, mientras que el resto del río se hallaba obstruido con ramas y palos para obligar a los peces a caer en el "parís". Este artefacto recogía los peces mayores, pues los demás se escurrían por los espacios dejados entre caña y caña.

En aquella época los dorados y salmones estaban de regreso al gran Paraná, huyendo de las aguas, ya frías entonces, de sus afluentes, donde permanecieron durante el verano. Muchos dorados retrasados quedan en los remansos aguas arriba a la espera de las crecientes que les permitan pasar a través de las correderas, muchas de las cuales quedan en seco fuera de la época de las lluvias y resultan una barrera infranqueable aún para tan expertos nadadores. Es curioso que algunos dorados de gran tamaño permanezcan todo el año en esos ríos, aclimatados según parece a las aguas frías. Cuando los peces no bajan, algunos los pescan con dinamita, procedimiento bárbaro, que no obstante la prohibición existente y la vigilancia de la gendarmería, aún se utiliza. Tuvimos oportunidad de observar un hecho, que según se nos informó suele repetirse a menudo. Unos peones arrojaron una banana de gelinita, la que al sumergirse iba despidiendo el humo característico, pero en sentido contrario a la corriente. Esto nos sorprendió sobremanera, pero pronto tuvimos la explicación, cuando después de explotar los peones sacaron un dorado con la cabeza deshecha. El pez la abarajó al caer y marchó con ella, creyendo tal vez que se trataba de algo bueno para su estómago. Nosotros hemos pescado atando a un anzuelo un marlo de maíz rojizo, que arrojado al extremo de una línea en las correderas, tenía la virtud de engañar a los dorados mejor que cualquier cebo o cuchara.

Todo el bosque que se extiende a lo largo del río Aguaraí-guazú, ya ha sido explotado de las maderas de ley y cómo sucede generalmente, ha progresado el sotobosque tejiéndose una vegetación arbustiva endemoniada. El elemento principal de aquel enredo tremendo lo constituye el "tacuarembó" (*Chusquea ramossisima*), una caña trepadora delgada que crece en masas compactas, arrastrándose, cubriendo los arbustos y trepando a veces hasta más allá de los diez metros por los troncos de los árboles. Sin machete es poco menos que imposible atravesar por esos lugares y aún con esa útil herramienta resultan agobiadores los viajes a través de la selva. Cada tanto y con preferencia sobre los lugares más húmedos, aparecen cañaverales de "tacuaruzú" (*Guadua Trinii*), la caña grande armada de potentes garfios en cada nudo. Esta caña hueca, al igual que la ortiga gigante, guarda en su interior una provisión de agua suficiente para quitar la sed del que lo necesite. En cierta oportunidad calentamos el agua en un trozo de caña, haciéndolo girar sobre la llama y nos sirvió de pava para el mate. Existe en aquellos parajes una



Selva del Uruguái medio. En el centro: Palmera pindó.



Picada de acceso al campamento del Uruguái.

Fotos W. H. Partridge.

tercer caña, el "tacuapí", hueca, de tres metros de altura; es muy débil y que sepamos no presta utilidad. Por los cañaverales de "tacuaruzú" y "tacuapí" se puede transitar bastante bien porque son altos y no crecen entre ellos otros arbustos. El "tacuapí" despide en cierta época un polvillo que se cuela por entre la ropa y produce una comezón desagradable que se activa con el sudor. Cuando florece el "tacuapí", acaece alguna vez en Misiones lo mismo que en los bosques subantárticos al florecer el "colihué"; miles de ratas aparecen en el lugar para comer las flores, y sucede que ese alimento les produce tanta sed, que se agolpan en los arroyos y mueren amontonadas después de haber bebido. Esto merece ser investigado debidamente, pues es posible que se trate de una defensa natural que modera la excesiva reproducción de los roedores.

Entre esa maraña se agita una avifauna especializada en esos ambientes intrincados y oscuros, constituida en su mayor parte por individuos de la familia de los formicáridos. Estos pájaros insectívoros tienen predilección por las hormigas. Baten el bosque bajo continuamente en busca de ellas. Unas especies recorren la superficie, otras las ramas bajas, algunas las intermedias y el resto las superiores. La gallina de monte (*Grallaria varia imperator*) y la "tovaca" (*Chamaeza b. brevicauda*) recorren el suelo; por encima de ellas se ve al renegrido de lomo blanco (*Pyriglena leucoptera*). En otro plano superior andan los "batará" (*Batara cinerea argentina*) y las "borralharas" (*Mackenziaena leachii* y *severa*) una de ellas, la rayada, tiene un grito característico, inconfundible, que se traduce con mucha aproximación con la palabra "aguirre", vocablo que se utiliza para designarla en algunos lugares de Misiones. Con estas especies y por encima de ellas, se ven las "chocas" (*Thamnophilus*), las "pujáras" (*Dysithamnus*) y las "trovoadas" (*Drymophila*), todas con nombres comunes brasileños que han tomado carta de ciudadanía en el territorio. Recorriendo las cañas tacuaruzú, encontramos y capturamos una pareja de formicáridos de una especie muy rara del Brasil, el *Biatas nigropectus*, que aún no había sido señalada para la Argentina. Con esta gente que come hormigas, viven asociados los toco-toco (*Conopophaga lineata vulgaris*); estos pájaros acostumbra quedarse quietos sobre las ramas bajas, atrapando al cruce los insectos que pasan a su alcance, en especial dípteros. Los integrantes de este conjunto son pájaros curiosos en extremo; si se los busca es probable no dar con ellos, pero no hay más que sentarse en la espesura y permanecer inmóvil, para que pronto se acerquen a los saltitos, de una rama a otra, espiondo por entre el follaje o desde atrás de los palos al intruso; satisfecha su curiosidad se alejan tan silenciosos como llegaron. Las "borralharas" acuden a la imitación de sus gritos.

Durante el mes de mayo hubo una extraordinaria abundancia de víboras venenosas, "coatiaras" o yarárá misionera y de "cascabel", que los lugareños denominan campanilla y los guaraníes "mbói-chini". Discordando con los hábitos comunes de las yaráráes, esencialmente nocturnas, a la "coatiara" es posible encontrarla a cualquier hora del día deambulando por el bosque; demuestra preferencia por los pequeños senderos libres de hierbas. Durante la noche salen a los caminos a cazar roedores. A plena luz solar no son agresivas, hasta tanto no se las moleste mucho; su reacción ante el paso del hombre, se reduce a saltar fuera de la huella y quedarse allí enro-

cada a la expectativa; no hacen vibrar la cola ni tiran mordiscones aunque se pase junto a ellas. De noche, por lo contrario, ya desde cuatro o cinco metros antes de llegar, se apresta al ataque y hace zumbir la cola irritada. Esta circunstancia explica el reducido número de accidentes que por mordeduras de "coatíaras" ocurren en Misiones. Las campanillas abundan en los cañaverales de "tacuapí" y "tacuarembó"; mientras se limpiaba una picada destinada a la ruta nacional 12, los peones mataron de cuatro hasta siete por día. Un poblador de zona nos explicaba que de no andar con botas, conviene más hacerlo descalzo para evitar la picadura de los ofidios, ya que al pisarlos, el contacto de su cuerpo frío los pone en evidencia con la consiguiente reacción, siempre más rápida que la del reptil.

Culebras no encontramos más que una falsa yarará (*Xenodón*) y una culebra acuática (*Leimadophis*) que vimos sumergirse entre las piedras de una corredera y permanecer largo rato abajo en el agua. Es natural que la época no era propicia para las culebras; ya no cantaban las ranas, a excepción de un hílido (*Hyla venulosa*) en lo alto de los árboles, ni se veían lagartijas, animales que forman parte importante de su régimen alimenticio. Se nos informó que a principios de abril aparecieron víboras de coral en cantidad asombrosa. Nosotros observamos muchas en agosto. Son muy mansas; ni siquiera se enojan cuando se las aprieta con un palo. Las del Chaco, aunque no son naturalmente agresivas, se ponen furiosas cuando se las mortifica.

Un domingo temprano, unos peones nos invitaron a salir de caza mayor; todos eran brasileños y paraguayos. Desde la madrugada ya tenían sus perros atados. Perros criollos, barcinos, bayos, negros y blancos, cada uno especializado en la caza de determinado animal; unos seguían rastros de antas, otros de venados, algunos de chanchos de monte. Aquella gente usa escopetas, de todo calibre. Casi todas las armas en estado calamitoso, atadas con alambre, el cierre falseado, tan destartadas que parece milagro que pudieran disparar sin reventarse. Para los animales grandes, utilizan en vez de munición, un trozo de plomo redondeado, de diámetro del caño, al que llaman bala. Salimos con estos hombres aguas abajo, orillando el río. A los tres kilómetros encontramos rastros frescos de anta en un "caedero", nombre que se les da a los lugares por donde estos animales se tiran al torrente. Se largaron los perros quitándoles también el collar para que no se engancharan en las ramas; olfatearon los alrededores cuidadosamente, alivianaron las vejigas y luego se internaron uno tras otro en el bosque, corriendo tras la pista. En seguida nos repartimos a lo largo de la costa, cada uno vigilando un lugar estratégico. Es sabido que estos animales, así como los venados, pacas y carpinchos, disparan hacia el río y se arrojan en sus aguas cuando son acosados por los perros. Media hora más tarde oímos a lo lejos los ladridos de tono alto y continuados, con que los perros anuncian que van persiguiendo la presa. Al poco rato retumbó una descarga cerrada de nuestros compañeros más avanzados y vimos caer una gran anta al agua en un gran remanso, la que a pesar de haber recibido varios plomos, cruzó el río nadando y desapareció en la espesura de la margen opuesta. Momentos después, muy cerca de nuestro lugar, se tiró un anta joven, precedida de un ruido de ramas rotas y el retumbo de su galope. Tras de ellas llegaron tres perros, que se arriesgaron decididamente en una persecución a nado, mientras un cuarto

quedó enredado entre unas lianas en el agua, aullando desesperadamente al verse impedido de participar en la cacería.

Luego presenciamos uno de los espectáculos más interesantes que se pueden dar: la lucha del anta y los perros en el agua, que en aquel remanso alcanzaba a cuatro metros de profundidad. El "mboeri", alcanzado y rodeado por los perros, levantaba la trompa y abría la boca amenazador, modulando un silbo fuerte y sostenido. Los perros esquivaban los mordiscones ladeando simplemente la cabeza. En un descuido del animal se le prendían de las orejas, el que al sentirse mordido, zambullía arrastrándolos al fondo empecinados en no largar. Al poco rato aparecían los canes, sacudiendo la cabeza para quitarse el agua de los oídos y giraban en busca de la víctima, la que reaparecía al minuto, quince o veinte metros más allá. Estas incidencias se repitieron durante más de media hora, hasta que embarcados en una canoa nos llegamos a los contendientes. Al salir de una zambullida, el anta tropezó con la embarcación y le dió tal furia que la emprendió a mordiscos contra las tablas laterales. Finalmente la ultimamos de un tiro y se hundió.

Mientras aguardábamos a que flotara la presa, cruzamos con los perros a la margen opuesta por donde se había internado el anta herido. Pronto encontramos los rastros seguidos de un abundante reguero de sangre y largamos a nuestros "chocos" sobre la huella. Nosotros quedamos en la orilla esperando el aviso de los perros. Por sobre el río pasaron volando bajo varias parejas de pato real (*Cairina moschata*), muy blancos de ala, como no los habíamos visto en ninguna otra parte, a excepción de los domésticos. Dos "mbiguá-mboi" (*Anhinga anhinga*), iban y venían volando a gran altura, asentándose momentáneamente sobre la copa de los árboles más altos, desde donde modulaban, con entonación de alarma, un grito gutural traducible por la palabra "mbiguá". Como una exhalación, volando aguas arriba, también pasaron ese día dos patos serrucho (*Mergus octosetaceus*). Los martín pescador (*Alcedinidae*), en sus tres especies, zambullían violentamente aquí y allá; cada vez que marraban un pez, protestaban con su matraqueo característico; si lo agarraban se iban callados a comérselo sobre una rama. Bandadas inmensas de loros suí (*Pionus maximiliani siy*) y habladores (*Amazona aestiva xanthopteryx*) armaban una grita tremenda, repartíendose con tucanos y "yacú-toros" (*Pyroderus scutatus*) los frutos de distintos árboles. Interrumpieron nuestra contemplación unos ladridos lejanos, a nuestras espaldas; pusimos atención y advertimos que no se trataba de una corrida, sino que por ahí los perros habían empacado algún animal. Tomamos nuestras armas y nos internamos en aquella dirección con gran dificultad y mucha pena para nuestras ropas y carnes. Por fin dimos con un monte muy sucio, donde la jauría ladraba y gruñía alrededor de un árbol mirando hacia arriba. A unos ocho metros de altura, acomodado en la horqueta de un "guayúbirá", estaba un hermoso puma (*yaguá-pihtá*) mirándonos con curiosidad y al parecer sin ningún temor. Buscamos un ángulo apropiado para ensayar un tiro a la cabeza ya que el resto del cuerpo quedaba oculto por la horqueta. En el mismo momento de apretar el gatillo abrió la boca como un fastidio, haciendo que la bala dirigida al cráneo, tomara por encima del colmillo entre cuero y carne. Cayó al suelo, sin embargo, con el impacto y allí el "Campeón", un perro blanco que nos habían cedido para nuestro uso, se abalanzó sobre el león



Es un verdadero ballet la danza que ejecutan los bailarines (*Chiroxiphia caudata*) en la época del celo, para conquistar a las hembras.

tomándolo por la garganta. Peleaban revolcándose a nuestros pies sin que pudiéramos tirar por miedo de herir al perro, máxime que el enredo de ramas y cañas reducía la visual. En una de esas salió el perro proyectado por el aire, al sacárselo el puma de la garganta con un brusco movimiento de sus patas delanteras. Al verse libre disparó monte adentro, perseguido por el valiente “Campeón” que afortunadamente salió ileso del combate. Cien metros más allá trepó el “bicho” a un laurel, hostigado por su perseguidor. Allí aseguramos el tiro. Era un macho viejo, cubierto de heridas recientes producidas por alguno de sus adversarios en amores.

A las dos horas flotó el anta, las ancas para arriba. Le sacamos a la costa; luego se cuereó y dividió en presas. En el estómago tenía gran cantidad de pastos y frutos de alecrín. Este fruto es muy apetecido por varios mamíferos, entre ellos las pacas, venados, chanchos de monte y aguará-popé (*mao peluda*). La carne de anta es buena, un poco dulzona; a nosotros nos agradaba el corazón y el hígado fritos. La de puma no es precisamente un manjar, pero se deja comer si hay necesidad; repugna un poco; el charqui seco asado es mejor. A propósito de los mamíferos que se matan en el agua, el anta flota de una a cuatro horas según la temperatura del líquido; los venados tardan de seis a nueve horas; la paca a los dos o tres días; los lobitos de

río hasta nueve días más tarde y el “tatú de rabo molle” no flota nunca. En cuanto a los carpinchos, es sabido que si son heridos en el agua, salen a morir sobre la costa; de ahí el dicho de que el carpincho muere en la barranca. Si el tiro ha sido inmediatamente mortal, flota transcurridas unas doce horas.

De regreso al campamento, no pensamos ya en otra cosa más que ponernos en persecución de los patos serrucho que habíamos visto pasar aguas arriba. Seleccionamos algunos elementos, los menos posible y con dos peones nos dispusimos a remontar el río Aguaraí-guazú hasta dar con los codiciados ejemplares. La canoa, de construcción casera, era bastante liviana, sin embargo, aquella navegación de cuarenta kilómetros contra la corriente, fué más penosa de lo que calculáramos. Tuvimos que arrastrar la embarcación por sobre las correderas más de la mitad del recorrido. En otros lugares, donde el río se subdividía en varios brazos formando islas anegadizas, el paso se hallaba cerrado por numerosos troncos y tendidas plantas de sarandí. Hubo que trabajar activamente con los machetes para abrir un túnel que permitiera adelantar la canoa. Sobre los sarandíes viven unas arañas redondas que tejen sus telas siempre entre las ramas inclinadas sobre el agua; hay tal cantidad que se nos llenaba la canoa y el cuerpo de ellas cada vez que se tropezaba con un gajo. Pican apretándolas, pero no producen más que una pequeña molestia. Otros pasos se hallaban obstruídos por yuqueríes, una *Mimosa* provista de pequeños garfios muy afilados y enconosos. Cazamos una pava de monte (*Penelope superciliaris*), cuyas remiges estaban todas en crecimiento. También abatimos varios patos reales, muy ariscos, de los que en bandadas de hasta doce individuos reposaban sobre palos secos en medio del río. Para acercarnos a ellos sin despertar sospechas, cubríamos la canoa con ramas verdes. En una corredera de dos kilómetros de largo, encontramos grandes cardúmenes de bogas y sábalos; a las primeras les llaman por allá piavas y a los sábalos lamepiedras. Se daban tanta prisa por disparar de las aguas poco profundas, que se llevaban las piedras por delante produciendo un ruido algo así como un golpe sordo sobre un tambor. Las bogas son enormes: hemos pescado hasta de seis kilos.

Sobre la vegetación de las barrancas abundan las almas de gato o “tingazú” (*Piaya cayana macroura*) conocidas también con el nombre guaraní de “guamí-tiriríh”, muy mansas; buscan orugas con toda minuciosidad, murmurando de cuando en cuando un gorgoteo. Por la costa, con el agua a media pata, se paseaban lentamente las saracuras (*Aramides saracura*) hundiendo a cada paso el pico en el limo. Estas gallinetas, cuando las corren los perros o se las sorprende de improviso, vuelan a los arbustos y se quedan quietas, apoyándose con las alas sobre las ramas, pues son malas arborícolas. Ni qué decir que los mbiguáes negros abundan a todo lo largo del río en pequeñas bandadas. No hemos visto ninguna otra especie de patos más que los citados.

Al oscurecer aquellos montes retumbaban con los más diversos gritos de animales, entre los que se destacaban los de varias especies de lechuzas y lechuzones. Pudimos reconocer los del lechuzón de dedos desnudos (*Pulsatrix koenigswaldiana*), los del “ñacurutú-í” (*Otus ch. choliba*) y otros que más tarde supimos pertenecientes a la lechucita orejuda (*Otus atricapillus*) y a la lechuza rayada (*Strix hylophilum*). Algo realmente curioso es la parti-

cular atracción que las fogatas ejercen sobre las lechuzas; en ocasión de quemarse una pila de ramas en un "rozado", ya de noche, hemos visto cómo estas aves llegaban aleteando sobre las llamas y pretendían entrar en ellas, aunque el calor y algunas plumas chamuscadas las hacían desistir de su propósito y poner en fuga. Capturamos dos especies, las nombradas en último término, de las cuales no existían ejemplares en las colecciones del Museo. Otros gritos comunes al anochecer, eran los rezongos de los pumas, muy abundantes en el paraje; cazamos otro ejemplar que se lamía tranquilamente, asentado sobre unas piedras de la costa.

Después de haber recorrido unos treinta kilómetros, encontramos un lugar interesante, con buen bosque y un rancho semiderruido a orillas de un "rozado". Decidimos establecer allí un campamento temporario, para utilizarlo como centro de acción. Arreglamos la construcción, limpiándola y desalojando a las ratas europeas que se habían adueñado del techo. Con palos y cañas rajadas hicimos unos encatrados que nos sirvieron de camas, con abundante pasto seco de colchón. Al "Campeón", que viajó con nosotros, lo atamos con una cadena al lado del fogón. Después de comer un "reviro", comida muy generalizada en el norte de Misiones, compuesta de grasa, harina y agua, todo revuelto con una paleta a medida que se cocina, hasta quedar ligado en pequeños grumos, salimos, ya oscuro, embarcados, aguas arriba para observar la fauna nocturna. Viajamos en el mayor silencio, a puro botador, teniendo la precaución de no hacer ruido con la pala. No se debe alumbrar con linternas hasta no certificar por los rumores a veces imperceptibles qué hacen los animales en el bosque, su presencia, porque hay muchos que huyen de la luz. El oído del cazador se ejercita paulatinamente y después de larga experiencia se puede reconocer cualquier especie sin verla, ya sea por el modo de chapotear, el pataleo de alarma y hasta por la manera de quebrar palitos al caminar. Lo primero que encontramos, comiendo ciertas hierbas que crecen en el agua, adheridas a las piedras, fué un magnífico ejemplar de venado pardo (*Mazama rufa*), el "guazú-pihtá" de los guaraníes. Cuando lo alumbramos nos daba el anca; siguió comiendo tranquilamente sobre la corredera. Metía la mitad de la cabeza abajo del agua, arrancando las mencionadas hierbas que los naturales llaman "sardinas" por la forma de sus hojas. Quisimos acercarnos para observarlo a satisfacción y al llegar a unos tres metros de él pareció olfatearnos; dando un gran salto salió al trote en dirección de la canoa, encandilado por la luz de la linterna. Súbitamente cambió de dirección y con extraordinaria agilidad trepó por la barranca y se internó en el bosque.

Posteriormente hemos encontrado y cazado varios venados y pudimos tomar conocimiento de sus costumbres. A la entrada del sol salen del bosque donde pasan el día en reposo y bajan a los ríos y arroyos para comer, beber y bañarse. No tienen miedo de las canoas; a veces, de día aún, nos hemos aproximado a pocos metros de ellos y seguían comiendo de aquellos yuyos sin advertirnos. El procedimiento que usábamos para cazarlos, era el de las corridas, con nuestro perro, que tenía predilección por esta caza. Era perro "venadero" según la expresión regional. Puesto sobre las huellas no tardaban los venados en largarse al río por los remansos. Acostumbran a nadar largo trecho hasta una corredera y salen por ella a la costa, haciéndole perder el rastro al perseguidor. Retoman la misma margen por donde se largaron; excepcional-

mente pasan al otro lado y si así lo hacen, es para volver al poco rato. Nadan con rapidez, a la velocidad de una canoa bien remada, asomando únicamente la cabeza erguida. Los machos de pardo que capturamos en mayo y junio, tenían las astas en crecimiento y las hembras fetos en avanzado estado de desarrollo. A principios de agosto, sobre una playa del río Uruguay, encontramos a un cuervo real (*Sarcoramphus papa*) que se estaba comiendo un ciervito recién nacido. Todos los venados tenían parásitos pupíparos, la mayor cantidad localizada en el bajo vientre. La carne es muy buena estando gordos. Sus cueros son muy apreciados para arreos criollos.

Con gran sorpresa de la gente del lugar, cazamos allí mismo un "guazúbirá" (*Mazama simplicicornis*) o "birá" como se le llama simplemente. Nunca se había visto la especie en la zona; su habitat conocido no pasa más al norte del centro del territorio por el oeste. Una novedad resultó la captura de varios ejemplares del pequeño ciervo rojizo llamado "pororó" (*Mazama rufina*), no señalada aún en el país. Sus costumbres generales son semejantes a las del pardo. Difieren en su actitud para con los perros que lo persiguen. En vez de huir hacia el agua directamente, da prolongados rodeos por el bosque, para despistar a su perseguidor lo que casi siempre consigue, por cuya razón es más difícil su captura. De noche, en el bosque, cuando nota la presencia de extraños, bufa fuerte y sostenido, lo que les ha valido, según dicen, el nombre común de "pororó", por recordar el ruido que hace el maíz al reventar en las cacerolas. Los enemigos principales que tienen los venados, son indudablemente los grandes felinos, pero existe otro pequeño y no por eso menos peligroso; se trata del hurón mayor, conocido por "irára", el que persigue infatigablemente a los cérvidos hasta el cansancio. Hay abundancia de ellos; son los mamíferos más sanguinarios que se conocen.

La noche del primer viaje encontramos varias antas que bajaban a unos barreros, lugares de tierra salitrosa que van a comer o lamer algunos mamíferos. Una que alumbramos, se encandiló de tal manera que se vino contra la canoa en tanto la arrastrábamos por una corredera y tuvimos que hacernos a un lado para que no nos atropellara. Vimos también varias pacas sobre la orilla, al nivel del agua, en sus barreritos particulares. Cazamos dos que esa madrugada nos proporcionaron una excelente cena; la carne de paca es una de las carnes silvestres más ricas y delicadas. Se pelan como los lechones y se comen con cuero. La piel es esponjosa y está firmemente adherida a la carne, tanto que es casi imposible cuerearlas sin deterioro. Las pacas son aficionadas al maíz y a la sal. Algunos les hecen cebaderos para atraparlas. No quedan en las trampas, pues aunque se agarren dejan fatalmente la pata; los paisanos dicen que ellas mismas se la cortan, pero no hemos podido comprobarlo.

De regreso pasó por encima nuestro un pato serrucho gritando continuamente. También encontramos varios carpinchos y muchas comadrejas picazas, de dos especies, la común de pelo largo y orejas blancas y otra de pelo más corto y oscuro con orejas negras. Casi todas sobre árboles de pitanga brava comiendo de sus frutos. Sucedió algo curioso con una de estas comadrejas. En una de las tantas trampas que armábamos cada noche, una mañana encontramos la pata trasera de una de ellas, que de tanto revolverse había logrado cortar dejándola al precio de su libertad. Vuelta a armar la trampa



Al atardecer se oye el zumbido del yacú toro (*Ptyroderus s. scutatus*), que modula luego de hartarse con frutas silvestres.

con cebo de pescado, al día siguiente amaneció otra comadreja, la que al retirar vimos falta de una pata y que pisaba con el fémur desnudo. Era la misma que se había fugado el día anterior. No era la primera vez que observábamos en estos animales pruebas semejantes de su gran vitalidad.

Después de ese viaje de reconocimiento, emprendimos varios más en los días subsiguientes. Al oscurecer y de madrugada pasaban los patos serrucho para arriba y para abajo, pero nunca con la suficiente luz como para intentar un tiro. Vimos una pareja del cuervo hablador (*Mesembrinibis cayennensis*), "tapicurú" de los brasileños, ariscos como no es posible imaginar. Tras mucho empeño pudimos capturarlos; tiempo más tarde, en el río Uruguái, cazamos dos más; con estos ejemplares se confirma su existencia en el país, ya que fueron obtenidos una sola vez en Bompland por el señor Mogensen. Viven estos cuervos en parejas. Se asientan sobre los árboles de follaje oscuro y compacto, lo que les permite pasar inadvertidos gracias a su coloración. Vuelan alto y son muy desconfiados, alejándose al menor asomo de peligro e internándose en el bosque por la vía de los pequeños arroyos si

son perseguidos. Su vuelo recuerda al de las garzas, con las alas combadas y pausados aleteos. Gritan desaforadamente, erizando las plumas del cuello, cuando ven algo raro o en presencia del hombre. Su alimento consiste en moluscos y anguilas que sacan del río y van a comer sobre los árboles. Es interesante que los cuervos habladores, cada vez que se acampa de noche a la orilla de los ríos, aparecen de madrugada en las inmediaciones, anunciando con tres o cuatro gritos la presencia de gente extraña.

En aquellos bosques predomina la avifauna de bosque alto, constituida en su mayor parte por tráupidos de hermosos colores, conocidos por lo general como fruteros, aunque según nuestras observaciones, incluyen en su dieta un gran porcentaje de insectos. El más común y abundantísimo en todas partes es el pardito copete amarillo (*Trichothraupis melanops*). Cerca de las "capueras" se ven cardenales azules y numerosos chingolos (tico-tico). Hay abundancia de perdices de monte de dos especies, la "tataupá" (*Crypturellus t. tataupa*) y la "inambú-guazú" (*Crypturellus obsoletus*). Ambas caen fácilmente en las trampas denominadas "aripuca" y en cimbras. Una tarde encontramos dos pichones ya crecidos de "tataupá" en una "capuera", que saltaban alrededor de unos yuyos en forma rara; nos acercamos sin que huyeran si nos prestaran atención y vimos que una "coatiara" les tiraba picotazos que ellos esquivaban con esos saltos; lo extraño era que no se retiraban del lugar, como si estuvieran hipnotizados. Las palomas grandes o "picazú" (*Columba p. picazuro*) son muy ariscas y hay muy pocas; abundan las pequeñas, la "picuí" (*Columbina p. picui*) y la rojiza (*Columbigallina t. talpacoti*). De la paloma violácea (*Oreopeleia v. violacea*) pudimos cazar la hembra de una pareja que vimos a orilla del río; los guaraníes le llaman "yerutí-pihtá-í". En el Aguaraí-guazú hay pocas pavas de monte; la "yacútingas" (*Pipile jacutinga*) son raras; en cambio hay muchas "yacú-poí" (*Penelope superciliaris major*) pero lejos de los ríos. "Yacú-guazú" no hemos visto.

A los barreros del Aguaraí-guazú bajaban antas y venados. Encontramos dos de estos terrenos salitrosos, ambos sobre la barranca del río en la desembocadura de los arroyos. En realidad, todos los barreros que encontramos se hallaban en situación semejante. Algunos de ellos antiquísimos a juzgar por las huellas muy hondas, algunas hasta de un metro, formada por el traqueteo de los animales a través de muchos años. En algunos de estos lugares se han formado cuevas profundas, ahondadas por los mamíferos a medida que lamen y comen la tierra. Una tarde sorprendimos a una "yacútinga" picoteando en un barrero. Rastros de tigres y leones se suelen ver entremazelados con los de antas y venados, felinos que llegan en busca de presas. Pero es seguro que después de la visita de alguno de estos carnívoros, transcurrirán varios días hasta que vuelvan por allí los golosos habituales. Para cazar en los "barreros" es necesario acomodar sobre un árbol una plataforma de 4 ó 5 metros de altura, donde el cazador tenga la comodidad suficiente para acechar a veces durante horas. Este asiento recibe en la región el nombre de "sobrado" y los brasileños lo llaman "girao". La paciencia es la mejor arma para este tipo de cacería, pues los animales no tienen hora fija de llegada y en ello parece tener particular influencia la

luna. No se debe fumar, salivar ni usar repelentes contra los insectos, pues en cualquiera de estos casos la presa es advertida por su olfato de que ocurre algo anormal. Algunas antas son tan prevenidas que suelen esperar hasta una hora a pocos metros del barrero, en la espesura, antes de arriesgarse hasta él. La linterna es el elemento accesorio para el tiro. Casi todos los animales hacen poco caso de la luz; en el peor de los casos se quedan varios segundos como sorprendidos, dando tiempo a efectuar un buen disparo. Tampoco los alarma mucho el estruendo; posiblemente relacionan la detonación con el trueno. Algunas veces nos ha sucedido errarle un tiro a un anta o venado y quedarse en el lugar.

La espera en los "sobrados" suele deparar a veces agradables sorpresas. Como es necesario subir a ellos por lo menos una hora antes de oscurecer, desde allá arriba se pueden observar diversas manifestaciones de la vida animal sin despertar sospechas en los protagonistas, ya que los mamíferos no olfatean hacia arriba y solamente desconfían de lo que sucede en tierra. Tuvimos oportunidad de contemplar a nuestra satisfacción una escena amorosa entre dos "tiricas", nombre que recibe un gato de monte del género *Noctifelis*. Venían a la carrera por la costa del río y a pesar del sigilo que caracteriza el movimiento de los gatos, los oímos, en aquella quietud inmensa, desde unos cien metros antes de llegar. Justamente debajo nuestro se abrazaron como en lucha y dieron unas cuantas vueltas sobre aquel suelo limpio, amagando morderse. Luego, separados, se propinaron mutuamente unos cuantos cachetazos; por fin se abrazaron, parados sobre las patas traseras, tomando uno al otro por el cuello y se dejaron caer de costado. De repente se quedaron ambos muy quietos, escuchando con suma atención, mientras sus narices se contraían en olfateo; de pronto se alejaron hacia el bosque como una luz.

Los pecaríes labiados, que todo el mundo conoce en Misiones con el nombre de jabalí, abundan en los montes sucios a pesar de la persecución que se les hace. Andan en grandes piaras de hasta más de 200 individuos. Una mañana, al borde de una picada, llegó a nuestros oídos el matraqueo de sus colmillos en un tono de complacencia, señal que no nos habían advertido. Nos escondimos tras unas matas esperando que pasaran por la picada. Así lo hicieron a los pocos minutos y cuando calculamos que más o menos la mitad de la tropa había traspuesto la huella, disparamos contra un hermoso ejemplar que quedó sobre el terreno. Hubo un minuto de silencio y luego comenzó un castañeteo que debía oírse a la media legua. Los jabalíes, cuando se ven separados no huyen y quedan por los alrededores a la espera de que se alejen sus enemigos. Si el cazador se queda muy quieto en la picada, podrá matar muchos cuando pasan de un lado a otro en busca de sus compañeros. Si se interna en el bosque para buscarlos, la piara deja de castañetear y no se oye el menor ruido. Significa que los jabalíes preparan el cerco para rodear al enemigo. Al completarlo vuelven al castañeteo, pero es suficiente un disparo para ponerlos en fuga. Este rodeo acostumbra a prepararlo contra los perros y pobre del animal que se deje sorprender. Se conoce cuando la piara se aleja, porque camina al compás de unos gruñidos bajos, intercalando a intervalos otros más agudos con castañeteo, dados por las hembras que llaman a los jabatos rezagados.

Los pecaríes de collar o "tatetos", tienen otras costumbres. Sus piaras son reducidas; no hemos visto ninguna compuesta por más de quince "tate-tos". Durante el día, si no es lluvioso, duermen echados en los cañaverales y de noche salen en busca de alimento. Tienen siempre previsto un hueco en algún árbol caído para refugiarse en caso de ser acosados. No son útiles para cazarlos los perros muy ligeros, porque los alcanzan pronto y dispersan la cuadrilla, de lo que resulta que al final el perro aparta un chanco y se entusiasma con él mientras los demás se alejan por otro lado. El perro lerdito sigue a la piara por el rastro, sin apurarla, hasta que consigue "entocar" a todos los individuos en el hueco que ellos creen salvador y donde actúa después el hacha. La carne de estos chancos de monte es buena. Tienen por enemigos al tigre y al león; el primero suele encontrarse a menudo tras las piaras, buscando la oportunidad de atrapar algún rezagado, pues no se atreve contra todos. En las deyecciones de tigres y pumas aparecen muchos pelos de pecaríes.

En tanto recogíamos todas estas observaciones y aumentábamos la colección de pieles, los patos serrucho, que tanto nos interesaban, habían desaparecido. Nos dispusimos por consiguiente a emprender el regreso al campamento central, con mayor razón cuanto que unas vacas de unos pobladores cercanos habían entrado a la choza y nos habían comido casi toda nuestra provisión de galleta, mandioca, fideos, papa, sal y otras menudencias. El regreso fué mucho más sencillo aguas abajo y con los pasos ya despejados. Muchas tortugas descansaban al sol, sobre los palos que emergían del agua, zambullendo con fuerte chapoteo al acercarnos. Las garzas overas, "hocó-boi" (*Tigrisoma lineatum marmoratum*) salían volando precipitadamente de tanto en tanto de los árboles costeros. Algún "loro-güigüi" (*Baryphthengus ruficapillus*) se divisaba en posición estática en lugares umbríos. Los rapaces diurnos no se dejaban ver, a excepción del "taguató-caagüi" (*Bupornis magnirostris subsp.*) la rapaz más abundante y característica en el norte del territorio. Naturalmente que las urracas comunes se cruzaban por todos lados. Y no hablemos de los "cabureí" (*Glaucidium br. brasilianum*), en tanta cantidad que causaba asombro. Con respecto a esta simpática lechucita, diremos que en los ejemplares llegados a nuestras manos encontramos la famosa mosca parásita a que alude Bertoni y es considerada como "payé" o elemento de brujería entre los paisanos. Estos dípteros pupíparos viven de a dos sobre diversas aves, entre ellas todas las rapaces diurnas y nocturnas, las pavas de monte y las perdices. A los pocos minutos de muertas las aves, salen del cuerpo caminando de costado por las plumas y se alejan volando. Años atrás, sobre un gavián acollarado (*Micrastur semitorquatus*) obtuvimos dos ejemplares de una especie grande de pupíparos, cuyas alas atrofiadas no les daban para volar.

Aguas arriba de una balsa que hacía el servicio de carruajes en la vieja ruta a Puerto Bemberg, se cazó el primer pato serrucho. Pescaba en una corredera a las nueve de la mañana. Con mucho sigilo se lo pudo "manguear" por la costa, como dicen en Misiones, y abatirlo desde escasa distancia. Inmediatamente lo armamos con gran alegría y esa noche quedó sobre una tablita

cerca del fuego para que se secara, pues la humedad ambiente era elevada. A la mañana, cuando despertamos, nuestro primer impulso fué ir a contemplarlo y nos encontramos con la desagradable sorpresa de que las ratas le habían comido una pata y no continuaron con la piel por la pasta arsenical que se le había aplicado. Esta catástrofe nos enseñó a ser más precavidos en adelante. Ni qué decir tiene que le declaramos guerra a muerte a las ratas.

Días más tarde decidimos realizar un viaje de reconocimiento por el río Uruguái, importante afluente del Paraná que desemboca cerca de Puerto Bemberg. Nos trasladamos en camioneta hasta otro campamento de Vialidad sobre ese río, distante cincuenta kilómetros por la ruta desde el Aguaráiguazú. Un notable cazador y rumbeador nos acompañó en un viaje de exploración aguas arriba; se llamaba Pedro Mareco; lo llamábamos cariñosamente el negro Mareco. Conservamos un grato recuerdo de este sacrificado y decidido compañero, que supo arriesgarse y pasar mil penurias, siempre con la sonrisa en los labios, durante los dos meses que permanecemos en la selva virgen y despoblada del centro del territorio a orillas del Uruguái. Como no teníamos canoa, tomamos las armas y unas pocas provisiones y nos internamos de a pie por la selva, por picadas estrechas conocidas por Mareco, hasta unos quince kilómetros, donde unos cazadores paraguayos tenían escondida una embarcación. Nos apropiamos de ella y continuamos el viaje por agua.

El río Uruguái es importante pero muy difícil de navegar. Si está crecido el agua corre con gran ímpetu y es imposible avanzar contra la corriente a fuerza de remos. Cuando baja, afloran las piedras de las correderas y aparecen pequeños saltos; entonces se hace necesario arrastrar la canoa a pie, a veces durante horas. En otros lugares hay que levantar la canoa a pulso para salvar un salto mayor. Todo este trabajo va acompañado de algunos pequeños accidentes prácticamente inevitables, resbalones sobre las piedras, golpes y tajos, sin contar la humareda de "mbarigües", esos pequeños y agresivos jejenes que están siempre sobre el viajero, en mayor cantidad sobre el río y especialmente donde da el sol. La anchura media del Uruguái se puede calcular en ochenta metros; en algunos lugares sobrepasa los trescientos, sobre todo en los recodos. Cerca de su desembocadura cae en un salto de 28 metros al nivel normal. Este accidente impide que los grandes peces lo remonten, de manera que la fauna íctica de sus aguas se reduce a pequeños peces y anguilas. Por excepción pueden algunos dorados, salmones, bogas y sábalos traspasar esa valla, con las grandes crecientes del Paraná. Esta circunstancia ha contribuido a crear en el Uruguái un ambiente especial con una fauna adaptada al mismo por una serie de relaciones de dependencia. Diremos respecto a los saltos, que todos los afluentes del Paraná los tienen más o menos próximos a su desembocadura, variando la distancia en relación directa con el caudal de agua que cada uno lleva. En un comienzo los saltos se han originado sobre las barrancas del río padre, pero van retrocediendo a medida que las aguas desgastan el lecho y esto sucede tanto más rápido cuanto mayor es el torrente.

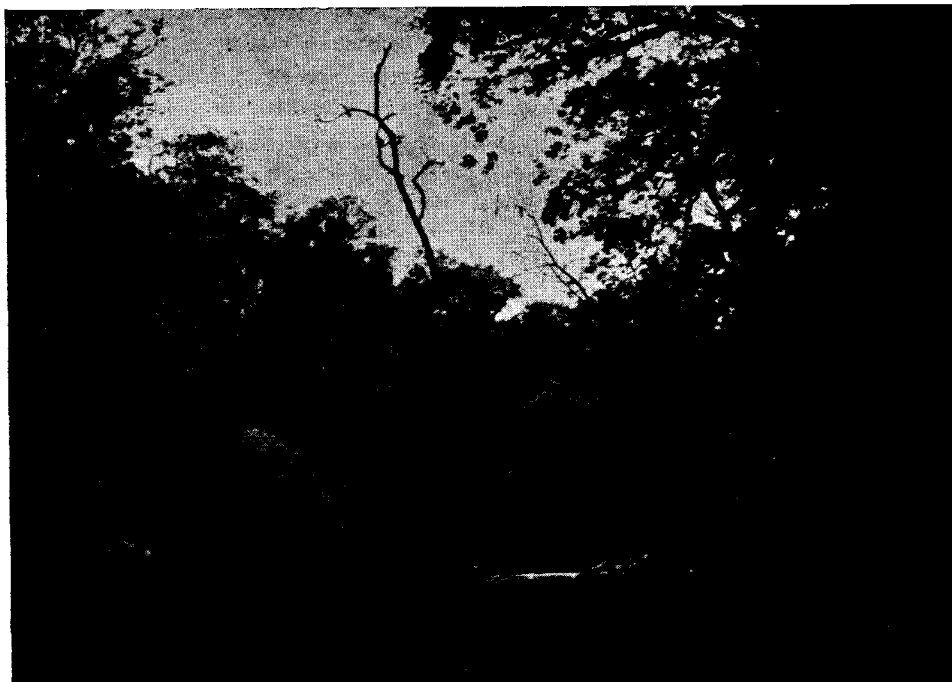
No nos extrañó entonces que los patos serrucho, libres allí de enemigos tales como el voraz dorado y con sobrada abundancia de pequeños

peces para su alimento, tomaran esas aguas como habitat preferido. Pronto reconocimos un casal que voló desde muy lejos aguas arriba; después otro más y ya al oscurecer, pasó un ejemplar solitario por encima nuestro. Certificada su presencia, regresamos al campamento para arreglar las cosas y proveer el equipo necesario para establecernos en aquellos lugares. Al oscurecer cazamos un venado pardo y otro más de noche. Durante la travesía aparecieron lobitos de río en cantidad, más abundantes los grandes, llamados gargantilla, que los pequeños conocidos por "lobo-pé". Los primeros suelen pescar en grupos de hasta 8 a 10 individuos y cuando alguno obtiene una presa regular, se la disputan los demás encarnizadamente; lo hemos observado pelear por una tortuga que uno de ellos sacó a la costa agarrada por la cabeza. Los "lobo-pé" andan siempre en parejas; son muy compañeros y cuando uno caza, reparte amigablemente la presa con el otro. Comen también aves. Unos gargantillas se comieron un pato real que matamos sobre el río y llevó la corriente a unas islas.

Una canoa más liviana, con el nombre de "Rosita", nos fué gentilmente facilitada por el señor Rosé, administrador de Puerto Bemberg, floreciente compañía dedicada a diversos cultivos, esencialmente de yerba mate, que es un modelo de organización y un puntal de progreso en el norte de Misiones. Hospital, escuelas, iglesia, edificios con toda clase de comodidades están al servicio de la población, que vive alrededor de las actividades de la mencionada compañía. Un taller mecánico de primera categoría atiende no solamente los trabajos propios, sino que colabora con desinterés prestando ayuda a quien la necesite. Muchas reparaciones en las maquinarias de Vialidad se realizaban en el taller de Puerto Bemberg, facilitando en esa forma una labor continuada sobre la importante ruta 12.

Con el equipaje de circunstancia emprendimos viaje tierra adentro por el Uruguái y más o menos a sesenta kilómetros del Paraná por el río, dimos con un lugar conveniente para acampar. Limpiamos prolijamente el terreno de los alrededores para evitar la proximidad de los reptiles y arreglamos una bajada al río a modo de puerto. En una pequeña carpa guardamos la provisión de alimentos, armas, cartuchos, etc., y nos dedicamos de lleno a la construcción de una choza con elementos del bosque. Con estípites de la palmera pindó hicimos los horcones y los travesaños, aún sabiendo que esta madera no resiste mucho tiempo enterrada, pero que usamos por comodidad y dado el carácter precario de la vivienda. Con los mismos estípites, rajados en cuatro, improvisamos las tijeras y techamos todo con las hojas plegadas por el sistema llamado de destala, colocadas a manera de tejas y atadas con pinas de las mismas hojas. Las largas raíces aéreas de la planta epífita llamada "guaimbé", nos sirvieron para las ataduras donde se hizo necesario. Estas raíces son más fuertes que cualquier sogá y son las que utilizan indios y paisanos para hacer lazos retorcidos que emplean en cimbras para trampear mamíferos. Los cogollos de las palmeras fueron aprovechados para preparar sustanciosas comidas; son de gusto semejante al palmito, algo más ácidos.

A los dos o tres días de habernos establecido, miles de abejas domésticas



Arroyo Palacios, afluente del Uruguay.



Sarandíes sobre el arroyo Palacios.

Fotos W. H. Partridge.

y silvestres invadieron el campamento. Las abejas domésticas se han dispersado por toda la selva, estableciendo sus colmenas en los troncos. Sacamos algunas que dieron hasta 20 kilogramos de miel. Son agresivas como no hay otras. Pululaban a nuestro alrededor, lamiendo la tierra humedecida por el agua salada que surgía de las pieles. Todo el terreno se hallaba prácticamente cubierto por ellas, con gran desesperación de nuestro perro, a quien picaban cada vez que las pisaba. No nos dejaban trabajar; se paseaban por las manos y la cara lamiendo el sudor y vuelta a vuelta nos picaba alguna que apretábamos sin querer. Las especies silvestres, diminutas e inofensivas, tenían diversas preferencias; los rubios "yateí" gustaban de la carne junto con los "mandaguaí"; los "mirí", "mandurí", "mombuca", "guaraipo", "mandasaia" y "carabosá" se inclinaban por la sal; muy pocos por el azúcar. Los "guaraipos", cuya traducción es perezoso, tienen como todos, un tubito de cera por donde entra la familia a la colmena, situada en los troncos huecos; a la entrada siempre hay un obrero que desempeña el cargo de vigía; si alguien anda en las proximidades, se mete en el interior y no sale ni entra ningún individuo en la colmena, evitando con ese recurso que pueda ser localizada. Los "mombuca" tienen un medio notable de defensa; cuando se hacha el tronco para sacarles la miel vuelan hacia el intruso y se le introducen entre el cabello y la barba, si la tiene, y comienzan febrilmente a cortar los pelos con sus mandíbulas y no es poco lo que consiguen. Estrujando las abejitas entre los dedos, dejan el mismo olor que tiene la miel que elaboran; los paisanos "meleadores" conocen mejor la especie de esta manera que por su morfología. Notable es la práctica de la gente aficionada a "melear"; observan el rumbo que toman los insectos y siguiéndolo descubren las colmenas localizándolas por el zumbido. También saben con certeza si está "gorda" o "flaca", por ciertos detalles del vuelo o por los movimientos de la familia. La miel está en los huecos en bolsitas de cera superpuestas; por debajo hay un depósito de polen y néctar a medio elaborar color lechoso y por último las larvas en varios pisos de panales recubiertos con cartón, donde vive la reina de gran tamaño, que los paisanos llaman "madrecita". Algunas mieles son buenas, otras tóxicas, casi todas laxantes.

En un remanso próximo al campamento, oímos gritar una madrugada a los patos serrucho; los observamos con los prismáticos desde la copa de un árbol. Estaban sin duda en celo, persiguiéndose a los chapoteos; zambullían y reaparecían al rato al unísono, dando la impresión de que continuaban sus juegos abajo en el agua. Nos acercamos con infinitas precauciones, por disimulados senderos que habíamos abierto previamente sobre la costa. Un certero disparo dejó muerto un ejemplar; el otro zambulló para reaparecer doscientos metros más lejos, fuera de tiro. Nos tiramos al agua y recogimos el ejemplar antes que se lo llevara la corriente o lo aprovechara algún lobito; era una hembra. El macho se perdió de vista nadando aguas abajo. Desde entonces y durante unos veinte días, regresó diariamente al remanso donde perdió su compañera. Se había tornado arisco y desconfiado en extremo. Recién al mes fué posible sorprenderlo al vuelo cuando apareció de improviso en un recodo del río. Tras numerosos viajes que duraban dos y tres días, conseguimos totalizar siete ejemplares en el Uruguái; uno se escapó herido ocultándose en un arroyo; lo perdimos definitivamente.

Nuestras observaciones sobre esta rara y cotizada especie de anátido nos permiten adelantar algo sobre su biología. Vive por parejas, cada una en un sector determinado del río, jurisdicción cuya longitud oscila entre 4 y 10 kilómetros. De madrugada concurren a los lugares de pesca situados preferentemente a la salida de las correderas. Su alimento principal consiste en pequeñas anguilas que buscan en el fondo y que pueden apresar gracias a los dientes que poseen en el pico, 26 pares en la maxilla y 33 en la mandíbula. Además comen larvas de los insectos llamados escorpión de agua y algunos pececitos. Al oscurecer se dirigen a los dormideros, por lo general en palos que afloran del agua cerca de las orillas o ciertas piedras en el medio del río; reposan más o menos a un metro de la superficie. En la época del celo, que comienza a mediados de junio, suelen pasarse la noche entera jugueteando en las correderas. Los juegos amorosos comienzan con la persecución en vuelo de la hembra por el macho; cuando éste la alcanza, la toma por el copete y la obliga a largarse al agua. La cópula la realizan flotando. Nidifica en pequeños arroyos y zanjones, a poca distancia del río principal, a veces sobre piedras, otras sobre ramas a flor de agua, donde acomodan palitos, hojas y gramíneas y en la cama algunas plumas de ellos mismos. No hemos podido encontrar nidos con huevos, pero sí un trocito de cascarón de color crema claro. Los nidos estaban medio deshechos por una gran creciente. Sin duda incubaba la hembra, porque durante esa época encontramos solamente machos. El cuatro de agosto dimos con una hembra con dos pichones, color negro humo y con dos bandas claras a los lados. Transcribimos una anotación de nuestro diario de viaje con referencia a este encuentro: "...a lo sumo podrían tener tres días de edad. Iban nadando aguas abajo por una corredera bastante rápida. Intentamos un tiro a distancia, pero el mismo movimiento del agua impidió que hiciera efecto; la pata voló aguas abajo y los pichones remontaron nadando por la orilla unos cincuenta metros, para luego cruzar el río por plena corredera con una facilidad extraordinaria, ayudándose con rápidos aleteos; daban la impresión de que iban caminando por sobre el agua. Pretendíamos capturarlos vivos, pero la fuerte correntada no nos dejaba accionar con la canoa. Se metieron por debajo de unos "sarandíes" y posiblemente se ocultaron en alguna cueva de las muchas que allí había. El pobre Mareco, en su afán, se había enredado en unos "yuqueríes"; cuando pudo zafarse, apareció todo ensangrentado por los rasguños que le ocasionaron las espinas. Fueron vanos nuestros intentos por encontrarlos, máxime que ya estaba oscuro."

El vuelo de estas aves es muy rápido y zigzagado, de aleteo continuo. La velocidad es superior a los 80 kilómetros por hora. Vuelan siempre por sobre el agua, a una altura que oscila entre 1 y 8 metros de la superficie. En una sola oportunidad lo hemos observado atravesar por encima de una punta de monte a gran altura; se trataba de un ejemplar que había sufrido ya un tiroteo. A veces remontan hasta unos 30 metros para pasar por encima de la canoa; también acostumbran a hacerlo si hay niebla baja, pues corren el riesgo de llevarse las ramas por delante. Nunca hemos visto más de dos individuos juntos. Una vez pasaron tres, pero uno iba cincuenta metros adelante de los otros. Bucean por largo rato, hasta más de tres minutos. Heridos buscan

inmediatamente la costa, refugiándose entre la vegetación que se inclina sobre el agua; entonces no sacan más que la cabeza para respirar.

El grito es estridente, el de la hembra en tono más alto; es un cueec, cueec, cueec, cueec sostenido, que emiten continuamente cuando vuelan bajo. En alto vuelo viajan silenciosos. Antes de iniciarlo modulan una especie de ronquido que se puede expresar más o menos así: cueeeeeeeeeec.

En el agua aparecen mucho más grandes de lo que son en realidad, porque apenas si hunden la cuarta parte de su cuerpo, justo hasta el límite de las partes inferiores con las bandas onduladas, las que imitan las ondas del agua y lo hacen menos visibles desde abajo. Se los diferencia de los "mbiguáes", con los que es fácil confundirlos a distancia, porque éstos hunden más de la mitad del cuerpo; además y desde lejos, se nota en los "mbiguáes" un reflejo claro sobre la cabeza, como resultado de las partes amarillentas del pico, mientras que en el pato serrucho aparece toda la cabeza negra. En verano, por lo menos, mudan a un tiempo todas las plumas del ala, por lo tanto, durante más de treinta días se ven privados del vuelo, tal como sucede con los colimbidos o zambullidores y algunos otros anátidos. Como ectoparásitos, recogimos sobre las plumas de la cabeza una especie de malófago desconocida, que el doctor Orfila tiene en estudio.

Un día de buen sol aprovechamos para ventilar los patos preparados que guardábamos en un cajón con candado. Al rato apareció sobre un árbol vecino un águila de penacho (*Spizaëtus ornatus*), que fué bajando de una rama a otra con evidentes intenciones de llevarse un ejemplar. Tomamos nuestras armas, pero se dió cuenta de lo que iba a suceder y volcando sus largas plumas occipitales por encima de la cabeza, voló a través del bosque sin que pudiéramos tirarle.

Dos kilómetros más arriba del campamento, desembocaba un arroyo por donde los patos solían internarse. Un día nos decidimos a explorarlo y el resultado fué que recorrimos doce kilómetros para volver al Uruguái; era un brazo del mismo río que formaba una isla de 1.600 hectáreas, de cuyo perímetro hicimos un croquis con ayuda de una brújula. El bosque se mantenía virgen al parecer, con un promedio de 200 árboles grandes aproximadamente por hectárea. Encontramos dos barreros, uno conocido ya desde mucho tiempo atrás con el nombre de barrero Palacios. Obtuvimos ejemplares de coatíes, aguará-popé, tateo, venados, "coatí-serelepe" o ardilla, osos hormigueros (tamandúa y caguaré) y comadreja de agua o "guaitica overa". Esta especie rara y no citada aún para el país, según el doctor Crespo, tiene costumbres nocturnas. Muchos la conocen con el nombre de "lobito overo". Es muy nadadora y se alimenta de peces. Cierta noche que estábamos pescando, suspendidos un momento la tarea para ir en busca de algo, dejando la pesca sobre una playita. Rergresamos al rato y hallamos a uno de estos marsupiales que comía tranquilamente de ella. Otra noche nos comieron la manteca que dejábamos en el agua para mantenerla fresca y hasta terminaron con un pan de jabón.

Una tarde que estábamos empeñados en fabricar anzuelos con llaves de corned-beef, llegó un paraguayo de a pie al campamento y nos pidió permiso para cazar un anta en el barrero cercano. Se lo dimos y lo convidamos

con mate. Estaba masticando tabaco y antes de aceptar dijo: "Me presta de su agua por favor" y se enjuagó la boca. Este hombre, hablando de víboras, nos aseguraba que el cráneo de "macuco" (*Tinamus solitarius*), la perdiz gigante que duerme sobre árboles, bien torrado y pulverizado, es un antidoto infalible contra la picadura de ofidios, bebiéndolo disuelto en un poco de agua. Traía una pequeña olla de enlozado azul, que destapó para convidarnos con su contenido; era carne de "lobo-pé" en estofado; probamos un poco y no nos convenció. Preferimos comer un yacaré joven a la cazadora, que atrapamos el día anterior.

Cumplida la finalidad que nos llevara hasta ese paraíso del naturalista que es Misiones, empezamos a ordenar las cosas para regresar a la capital. Demoramos unos días en el campamento de Vialidad sobre el Uruguay. Todavía efectuamos algunas excursiones a pie por los alrededores. En una de ellas pudimos hacernos de un ejemplar del cucúlido llamado "yasih-yateré" (*Dromococcyx pavoninus*), famoso personaje de una conocida leyenda guaraní. Es especie poco conocida en nuestro país, no obstante su abundancia en el territorio, a juzgar por la cantidad de silbos que se oyen de madrugada y al atardecer. Las dos primeras notas son exactamente iguales a las del crespín. Esta bonita ave vive en los lugares más oscuros y tupidos del bosque, sin pasar de los tres metros hacia arriba. Por lo general no anda en parejas; actúa como el crespín y como él, parasita a otros pájaros de tamaño menor, entre ellos el *Todirostrum p. plumbeiceps*. Una vez que tuvimos la suerte de observarlo, abría la cola y la levantaba con movimientos suaves, erizando el copete.

Antes de emprender viaje a Posadas, fuimos a visitar las cataratas, magníficas como siempre. Teníamos particular interés en conocer el Museo Regional, dependiente de la División Museos Regionales que dirige don Enrique Amadeo Artayeta, que ocupa una sala de la Intendencia del Parque Nacional Iguazú. Está en exhibición una buena serie de ejemplares misioneros muy bien dispuesta; entre otras cosas hay un ejemplar de "hocó-boi" de la especie *Tigrisoma fasciatum*, típica del sureste del Brasil, que había sido capturada una sola vez en Bonpland en 1912; por lo tanto tiene importancia, ya que confirma su existencia en la Argentina.

El excelente camino que une Puerto Iguazú con las cataratas, en un tramo de cinco leguas, remontó nuestro pensamiento a fines del siglo pasado, cuando para visitar esa maravilla había que hacerlo por el lado brasileño, a través de las picadas obrajeras del señor Poujade. Cansado este señor de facilitar caballos a los turistas, optó por retirarse de la región. Fué entonces que la señorita Victoria Aguirre, ferviente admiradora de los saltos, donó una suma de dinero para abrir un camino por el lado argentino y dotar de comodidades para los visitantes el puerto que por tal motivo llevó su nombre hasta hace pocos años.

Y aquí estamos otra vez en Buenos Aires, a la espera de que las circunstancias nos deparen la ventura de volver al norte de Misiones, pese a los "mbarigüís", a las abejas, las correderas y todos los contratiempos con que a veces nos hace renegar el monte.

LISTA DE AVES DEL DEPARTAMENTO 9 DE JULIO (SANTA FE)

- Rhea americana albescens* Lynch Arribálzaga et Holmberg
Crypturellus parvirostris (Wagler).
Crypturellus tataupa tataupa (Temminck).
Rhynchotus refescens pallescens Kothe.
Nothoprocta cinerascens (Burmeister).
Nothura maculosa nigroguttata Salvadori.
Eudromia formosa formosa (Lillo).
Colymbus rolland chilensis (Lesson).
Colymbus occipitalis occipitalis (Garnot).
Colymbus dominicus brachyrhynchus Chapman.
Aechmophorus major (Boddaert).
Podilymbus podiceps antarcticus (Lesson).
Phalacrocorax olivaceus olivaceus (Humboldt).
Ardea cocoi Linné.
Butorides striatus striatus (Linné).
Casmerodius albus egretta (Gmelin).
Egretta thula thula (Molina).
Syrigma sibilatrix (Temminck).
Nycticorax nycticorax tayazu-guira (Vieillot).
Tigrisoma lineatum marmoratum (Vieillot).
Ixobrychus involucris (Vieillot).
Botaurus pinnatus (Wagler).
Mycteria americana Linné.
Euxenura maguari (Gmelin).
Jabiru mycteria (Lichtenstein).
Harpiprion caerulescens (Vieillot).
Theristicus caudatus caudatus (Boddaert).
Plegadis falcinellus guarauna (Linné).
Ajaia ajaja (Linné).
Phoenicopterus ruber chilensis Molina.
Chauna torquata Oken.
Cygnus melancoriphus (Molina).
Dendrocygna viduata (Linné).
Dendrocygna bicolor bicolor (Vieillot).
Sarkidiornis sylvicola Ihering.
Coscoroba coscoroba (Molina).
Nettion leucophrys (Vieillot).
Nettion brasiliense (Gmelin).
Nettion flavirostre flavirostre (Vieillot).
Querquedula cyanoptera cyanoptera (Vieillot).
Querquedula versicolor versicolor (Vieillot).
Paecilornis bahamensis rubrirostris (Vieillot).
Paecilornis spinicauda (Vieillot).
Mareca sibilatrix (Poëppig).
Spatula platalea (Vieillot).
Heteronetta atricapilla (Merrem).
Metopiana peposaca (Vieillot).
-Vultur gryphus Linné.
Sarcorampus papa (Linné).
Coragyps atratus (Lichtenstein).
Cathartes aura jota (Molina).
Cathartes aura ruficollis Spix.
Cathartes urubitinga Pelzeln.
Elanus leucurus leucurus (Vieillot).
Accipiter erythronemius erythronemius (Kaup).
Heterospizias meridionalis australis Swann.
Geranoaetus melanoleucus melanoleucus (Vieillot).
Buteo albicaudatus albicaudatus Vieillot.
Buteo polyosoma polyosoma (Quoy et Gaimard).
Buteo swainsoni Bonaparte.
Rupornis magnirostris superciliaris (Vieillot).
Parabuteo unicinctus unicinctus (Temminck).
Asturina nitida nitida (Latham).
Hypomorphnus urubitinga azarae (Swann).
Busarellus nigricollis australis Swann.
Harpyhaliaetus coronatus (Vieillot).
Circus cinereus Vieillot.
Circus buffoni (Gmelin).
Geranospiza caerulescens flexipes Peters.
Milvago chimango chimango (Vieillot).
Polyborus plancus plancus (Miller).
Spizapteryx circumcinctus (Kaup).
Falco fusco-caerulescens fusco-caerulescens Vieillot.
Cerchneis sparverius cinnamominus (Swainson).
Ortalis canicollis canicollis (Wagler).
Aramus scolopaceus carau Vieillot.
Rallus sanguinolentus sanguinolentus Swainson.
Rallus nigricans nigricans Vieillot.
Porzana spiloptera Durnford.
Laterallus leucopyrrhus (Vieillot).
Fulica armillata Vieillot.
Fulica leucoptera Vieillot.
Cariama cristata (Linné).
Chunga burmeisteri (Hartlaub).
Jacana spinosa jacana (Linné).
Nycticryphes semicollaris (Vieillot).
Belonopteris cayennensis lampronotus (Wagler).
Charadrius collaris collaris Vieillot.
Pluvialis dominicus dominicus (Müller).
Capella paraguayae paraguayae (Vieillot).
Bartramia longicauda (Bechstein).
Tringa solitaria cinnamomea (Brewster).
Totanus flavipes (Gmelin).
Totanus melanoleucus (Gmelin).
Pisobia fuscicollis (Vieillot).
Pisobia bairdii (Coeus).
Pisobia melanotos (Vieillot).
Micropalama himantopus (Bonaparte).
Himantopus himantopus melanurus Vieillot.
Steganopus tricolor Vieillot.
Larus ridibundus maculipennis Lichtenstein.
Columba maculosa maculosa Temminck.
Columba speciosa (Gmelin).
Columba picazuro picazuro Temminck.
Zenaidura auriculata virgata A. de W. Berntoni.
Columbina picui picui (Temminck).
Leptotila verreauxi chlorauchenia (Giglioli et Salvadori).
Amazona aestiva xanthopteryx (Berlespach).
Thectocercus acuticaudatus acuticaudatus (Vieillot).
Myiopsitta monacha cotorra (Vieillot).
Coccyzus americanus julieni Lawrence.
Coccyzus melacoryphus Vieillot.
Micrococcyx cinereus (Vieillot).
Tapera naevia chochi (Vieillot).
Guira guira (Gmelin).
Crotophaga ani Linné (accidental).
Tyto alba tuidara (Gray).
Asio flammeus suindus (Vieillot).

- Rhinopteryx clamator mogensenii* L. Kelso et Est. H. Kelso.
Bubo virginianus nacurutu (Vieillot).
Otus choliba choliba (Vieillot).
Strix rufipes chacoensis Cherrie et Reichenberger.
Speotyto cunicularia cunicularia (Molina).
Glaucidium nanum (King).
Glaucidium brasilianum brasilianum (Gmelin).
Nyctibius griseus cornutus (Vieillot).
Hydropsalis torquata furcifera (Vieillot).
Eleothreptus anomalus (Gould).
Nyctidromus albigollis derbysianus Gould.
Systellura longirostris longirostris (Bonaparte).
Nyctiphrynus ocellatus ocellatus (Tschudi).
Setopagis parvula parvula (Gould).
Podager nacula nacula (Vieillot).
Streptoprocne zonaris zonaris (Shaw).
Hylocharis chrysura chrysura (Shaw).
Chlorostilbon aureo-ventris aureo-ventris (d'Orb. et Lafresn.).
Colibri serrirostris (Vieillot).
Sappho sappho (Lesson).
Heliomaster furcifer (Shaw).
Megaceryle torquata torquata (Linné).
Chloroceryle amazona (Latham).
Chloroceryle americana mathewsii Laubmann.
Nystalus maculatus striaticeps (Sclater).
Colaptes campestris (Malherbe).
Leuconerpes candidus (Otto).
Chrysophilus melanolaemus leucofrenatus (Leybold).
Neophloeotomus shiptoni Dabbene.
Phloeocastes leucopogon (Valenciennes).
Phloeocastes melanoleucus albirostris (Vieillot).
Trichopicus cactorum (d'Orbigny).
Dactylopicus mixtus malleator Wetmore.
Picumnus cirratus pilcomayensis (Hargitt).
Xiphocolaptes major major (Vieillot).
Lepidocolaptes angustirostris praedatus (Cherrie).
Campylorhamphus trochilirostris Hellmayr Laubmann.
Drymornis bridgesii (Eyton).
Furnarius rufus paraguayae Cherrie et Reichenberger.
Furnarius cristatus Burmeister.
Coryphistera alaudina alaudina Burmeister.
Upucerthia certhioides certhioides (Lafresn. et d'Orbigny).
Phleocryptes melanops melanops (Vieillot).
Leptasthenura platensis Reichenbach.
Schoeniophylax phryganophila (Vieillot).
Synallaxis spixi spixi Sclater.
Cranioleuca pyrrhophia pyrrhophia (Vieillot).
Asthenes pyrrholeuca pyrrholeuca (Vieillot).
Asthenes baeri (Berlepsch).
Phacellodomus sibilatrix Sclater.
Phacellodomus striaticollis striaticollis (Lafresnaye et d'Orbigny).
Anumbius annumbi (Vieillot).
Pseudoseisura lophotes (Reichenbach).
Taraba major major (Vieillot).
Thamnophilus gilvaster dinellii Berlepsch.
Melanopareia maximiliani argentina (Hellmayr).
Myrmorchilus strigilatus suspicax Wetmore.
Phinocrypta lanceolata Geoffroy-Saint-Hilaire).
Pachyrhamphus polychropterus spixii (Swainson).
Xenopsaris albinucha albinucha (Burmeister).
Habrua pectoralis pectoralis (Vieillot).
Agriornis microptera microptera Gould.
Xolmis cinerea (Vieillot).
Xolmis coronata (Vieillot).
Xolmis irupero irupero (Vieillot).
Xolmis murina (Lafresnaye et d'Orbigny).
Xolmis rubetra (Burmeister).
Muscisaxicola macloviana mentalis Lafresnaye et d'Orbigny.
Lessonia rufa rufa (Gmelin).
Yetapa risora (Vieillot).
Entotriccus striaticeps (Lafresnaye et d'Orbigny).
Hymenops perspicillata perspicillata (Gmelin).
Fluvicola pica albiventer (Spix).
Arundinicola leucocephala (Linné).
Pyrocephalus rubinus rubinus (Boddaert).
Machetornis rixosa rixosa (Vieillot).
Muscivora tyrannus tyrannus (Linné).
Tyrannus melancholicus melancholicus Vieillot.
Empidonomus aurantio-atro-cristatus aurantio-atro-cristatus (Lafresn. et d'Orbigny).
Myiodynastes solitarius (Vieillot).
Pitangus sulphuratus bolivianus (Lafresnaye).
Myiarchus ferox australis Hellmayr.
Myiophobus fasciatus flammiceps (Temminck).
Euscarthmornis margaritaceiventer margaritaceiventer (Lafresnaye et d'Orbigny).
Pseudocolopteryx flaviventris (Lafresnaye et d'Orbigny).
Tachuris rubrigastra rubrigastra (Vieillot).
Stigmatura budytoides inzonata Wetmore et Peters.
Serpophaga subcristata (Vieillot).
Serpophaga munda Berlepsch.
Elaenia albiceps chilensis Hellmayr.
Elaenia parvirostris (Pelzelin).
Suiriri suiriri (Vieillot).
Sublegatus modestus modestus (Wied).
Phytotoma rutila rutila Vieillot.
Progne chalybea domestica (Vieillot).
Progne modesta elegans Baird.
Phaeoprogne tapera fusca (Vieillot).
Hirundo rustica erythrogaster Boddaert.
Cyanocorax chrysops chrysops (Vieillot).
Cistothorus platensis tucumanus Hartert et Venturi.
Troglodytes musculus bonariae Hellmayr.
Mimus saturninus modulator (Gould).
Mimus triurus (Vieillot).
Turdus amaurochalinus Cabanis.
Turdus rufiventris rufiventris Vieillot.
Poliophtila dumicola dumicola (Vieillot).
Anthus lutescens lutescens Pucheran.
Anthus correndera correndera Vieillot.
Anthus hellmayri brasilianus Hellmayr.
Cyclarhis gujanensis viridis (Vieillot).
Vireo virescens chivi (Vieillot).
Compsothlypis pitayumi pitayumi (Vieillot).
Geothlypis aequinoctialis velata (Vieillot).
Passer domesticus domesticus (Linné).
Archiplanus albirostris (Vieillot).
Archiplanus solitarius (Vieillot).
Molothrus bonariensis bonariensis (Gmelin).
Molothrus rufo-axillaris Cassin.
Molothrus badius badius (Vieillot).

- Icterus cayanensis pyrrhopterus* (Vieillot).
Agelaius ruficapillus ruficapillus Vieillot.
Gnorimopsar chopi chopi (Vieillot).
Pseudoleistes guirahuro (Vieillot).
Leistes militaris superciliaris (Bonaparte).
Thraupis sayaca sayaca (Linné).
Thraupis bonariensis bonariensis (Gmelin).
Piranga flava flava (Vieillot).
Tachyphonus rufus (Boddaert).
Saltator coerulescens coerulescens Vieillot.
Saltator aurantirostris aurantirostris Vieillot.
Gubernatrix cristata (Vieillot).
Paroaria coronata (Miller).
Cyanocompsa cyanea argentina (Sharpe).
Sporophila caerulescens caerulescens (Vieillot).
Sporophila ruficollis Cabanis.
Volatinia jacarina jacarina (Linné).
Sicalis flaveola pelzelni Sclater.
Sicalis luteola luteiventris (Meyen).
Diuca diuca minor Bonaparte.
Phrygilus plebejus plebejus Tschudi.
Corvinospingus cucullatus rubescens (Swainson).
Myospiza humeralis xanthornus (Gould).
Zonotrichia capensis hypoleuca (Todd).
Poospiza torquata pectoralis Todd.
Poospiza melanoleuca (Lafresnaye et d'Orbigny).
Saltatricula multicolor (Burmeister).
Embernagra platensis platensis (Gmelin).

Ejemplares en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, en la colección privada del doctor José A. Pereyra y en el Colegio San José de Esperanza (Santa Fe).

LISTA DE ESPECIES COLECCIONADAS EN EL NORTE DE MISIONES EN 1948

- Crypturellus obsoletus obsoletus* (Temminck).
Crypturellus tataupa tataupa (Temminck).
Tigrisoma lineatum marmoratum (Vieillot).
Mesembrinibis cayennensis (Gmelin).
Mergus octosetaceus Vieillot.
Accipiter bicolor pileatus (Temminck).
Rupornis magnirostris subsp.?
Aramides saracura (Spix).
Oreopeleia violacea violacea (Temminck).
Tapera naevia chochi (Vieillot).
Dromococcyx pavoninus Pelzeln.
Otus choliba choliba (Vieillot).
Otus atricapillus (Temminck).
Ciccaba hylophila (Temminck).
Glaucidium brasilianum brasilianum (Gmelin).
Nyctidromus albicollis derbyanus (Gould).
Phaethornis eurynome (Vieillot).
Stephanoxis loddigesi (Gould).
Chloroceryle amazona (Latham).
Baryphthengus ruficapillus (Vieillot).
Tripsurus flavifrons (Vieillot).
Chrysophilus melanochlorus melanochlorus (Gmelin).
Phloeocastes robustus peroccineus (Bonaparte).
Dendrocolaptes platyrostris platyrostris Spix.
Lepidocolaptes saumatus falcinellus (Cabanis et Heine).
Campylorhynchus falcularius (Vieillot).
Sittacus griseicapillus sylviellus (Temminck).
Xenotistes rufosuperciliatus acritus (Oberholser).
Philydor lichtensteini Cabanis et Heine.
Xenops rutilus rutilus Lichtenstein.
Mackenziaena severa (Lichtenstein).
Thamnophilus caerulescens caerulescens Vieillot.
Dysithamnus mentalis mentalis (Temminck).
Drymophila malura (Temminck).
Pyrgilena leucoptera (Vieillot).
Biatus nigropectus (Lafresnaye).
Conopophaga lineata vulgaris (Ménétrières).
Pyroderus scutatus scutatus (Shaw).
Chiroxiphia caudata (Shaw et Nodder).
Knipolegus cyanirostris (Vieillot).
Pyrocephalus rubinus rubinus (Boddaert).
Sirystes sibilator sibilator (Vieillot).
Myiochanes cinereus cinereus (Spix).
Platyrinchus mystaceus mystaceus Vieillot.
Tolmomyias sulphureus sulphureus (Spix).
Tolmomyias megalophthalmus (Swainson).
Todirostrum plumbeiceps plumbeiceps (Lafresnaye).
Hemitriccus diops diops (Temminck).
Phylloscartes ventralis ventralis (Temminck).
Serpophaga nigricans (Vieillot).
Elaenia parvirostris (Pelzeln).
Xanthomyias virescens virescens (Temminck).
Phyllomyias fasciatus brevirostris (Spix).
Leptopogon amaurocephalus amaurocephalus Tschudi.
Pipromorpha rufiventris (Cabanis).
Turdus albicollis paraguayensis (Chubb).
Cyclarhis gujanensis ochrocephala Tschudi.
Ateleodacnis speciosa speciosa (Temminck).
Compsothlypis pitayumi pitayumi (Vieillot).
Basileuterus leucoblepharus (Vieillot).
Basileuterus culicivorus auricapillus (Swainson).
Cacicus haemorrhous affinis (Swainson).
Icterus cayanensis pyrrhopterus (Vieillot).
Pipraeidea melanonota melanonota (Vieillot).
Calosopia seledon (P. L. S. Müller).
Thraupis sayaca sayaca (Linné).
Habia rubica rubica (Vieillot).
Tachyphonus coronatus (Vieillot).
Trichothraupis melanops (Vieillot).
Pyrrhocola ruficeps (Strickland).
Hemithraupis guira fosteri (Sharpe).
Cyanocompsa cyanea sterea Oberholser.
Amaurospiza moesta (Hartlaub).
Poospiza lateralis cabanisi (Bonaparte).